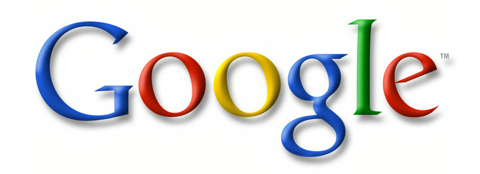
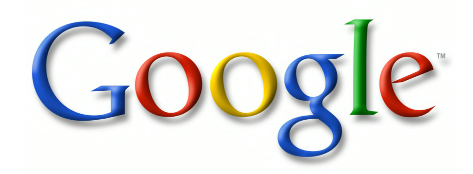
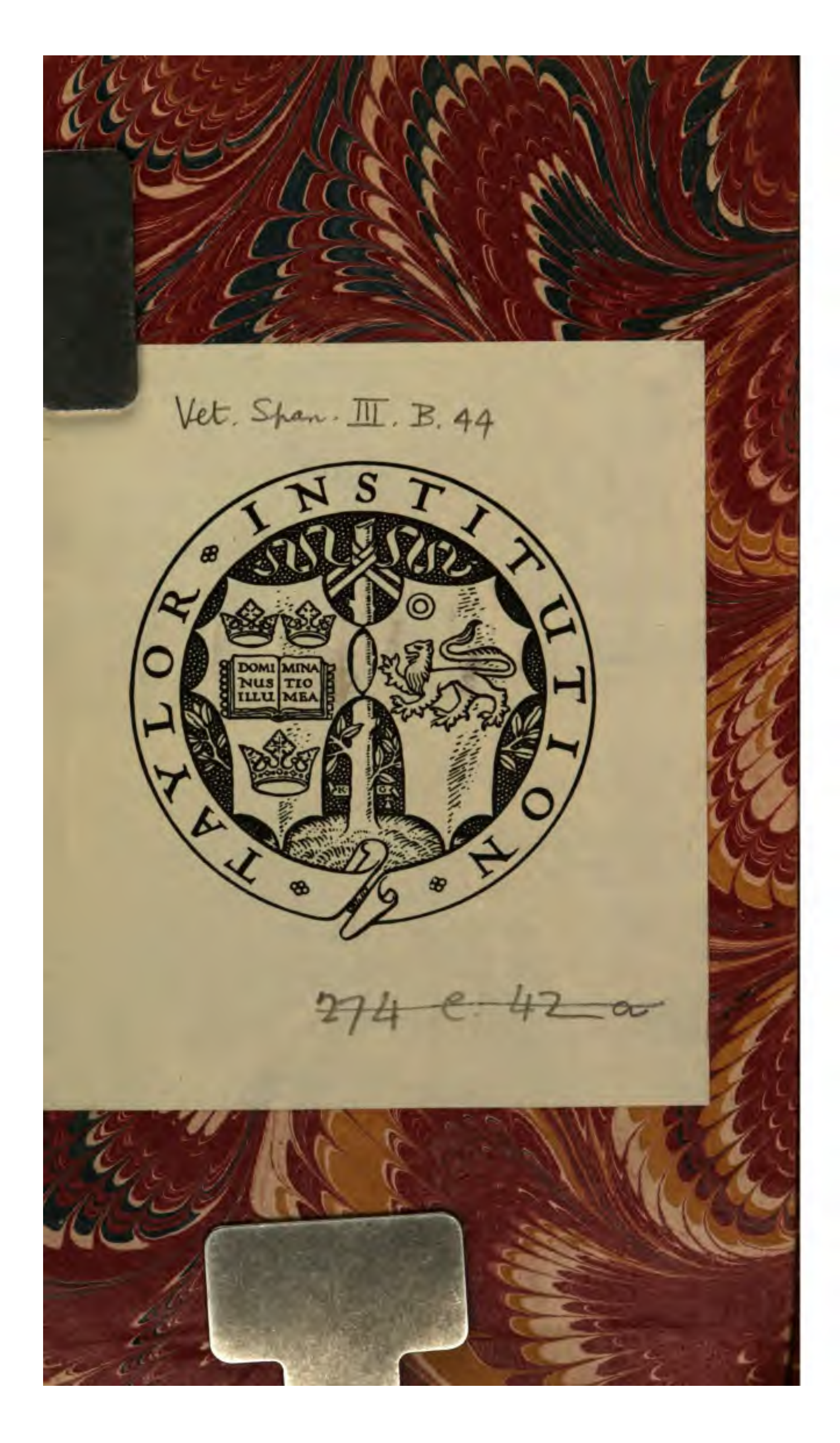
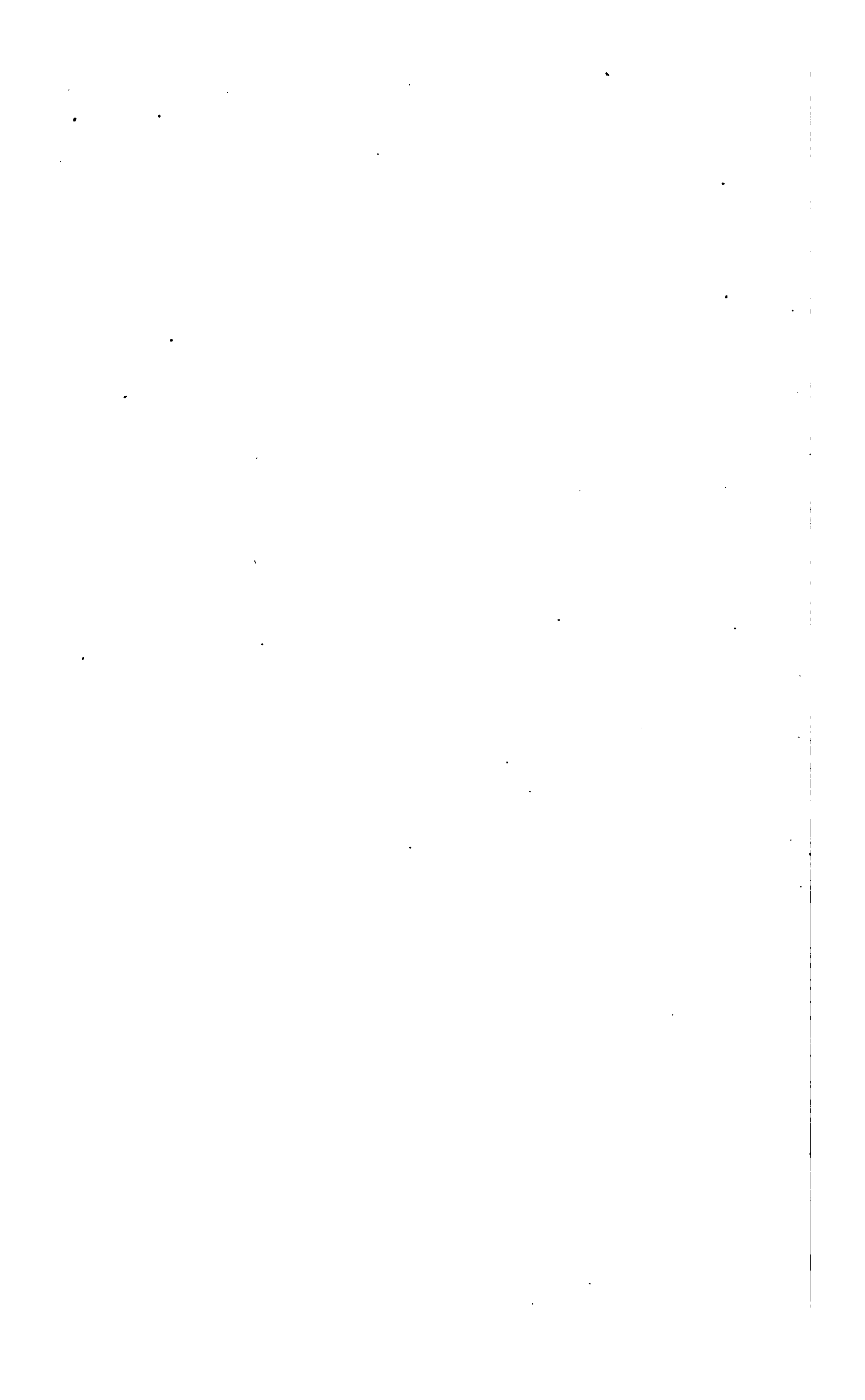




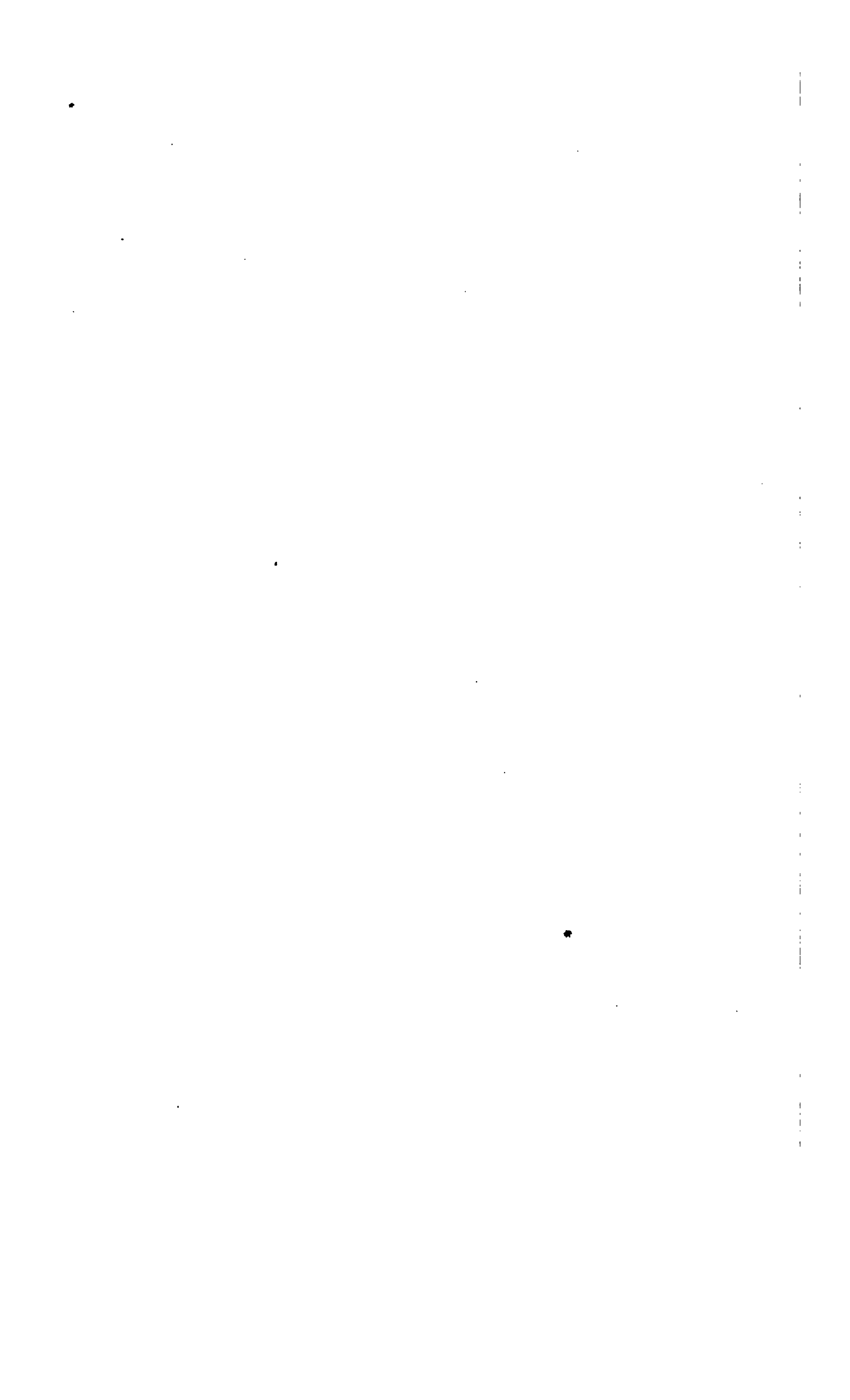


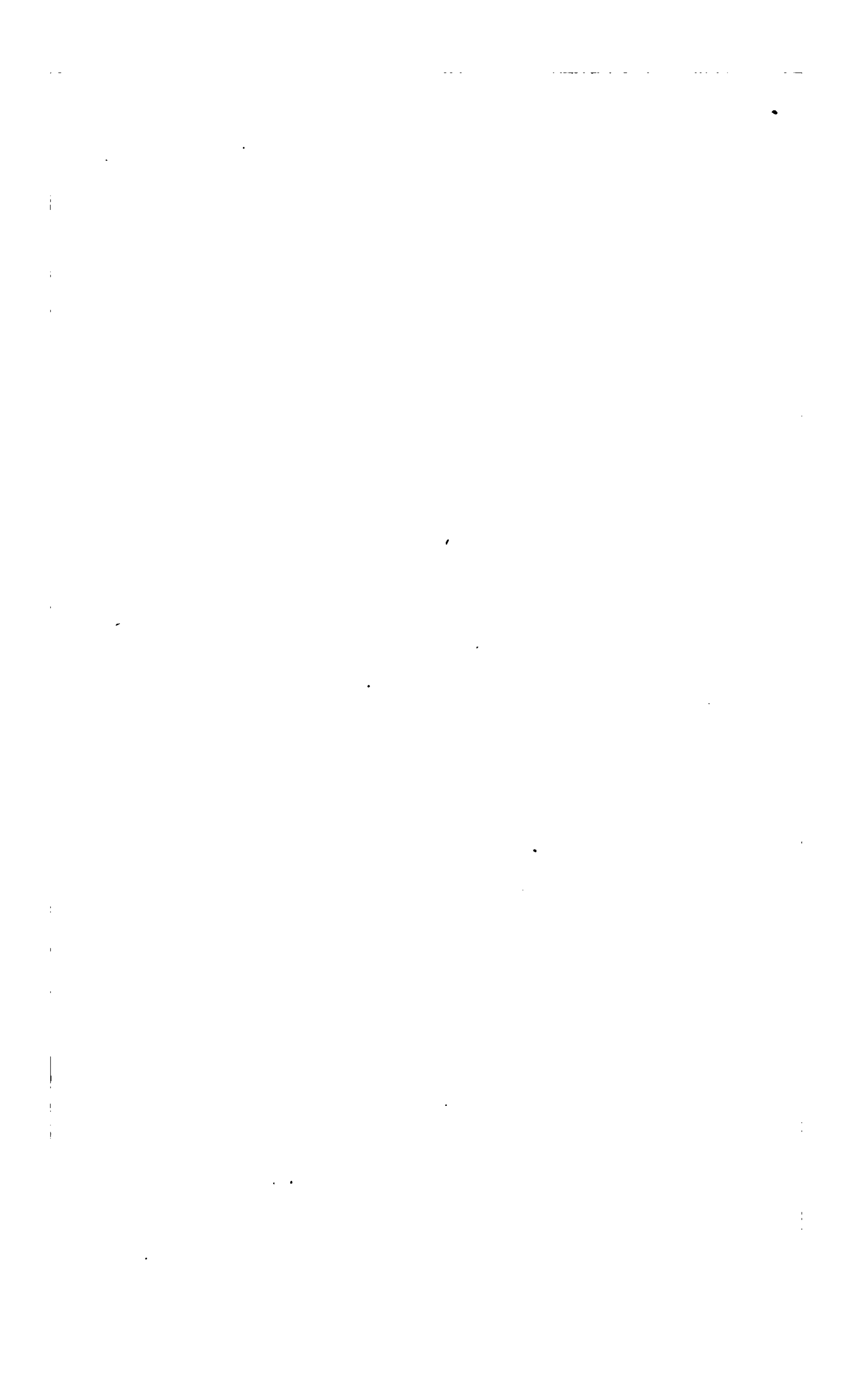

Vet. Span. III. B. 44
TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
274 e. 42 a

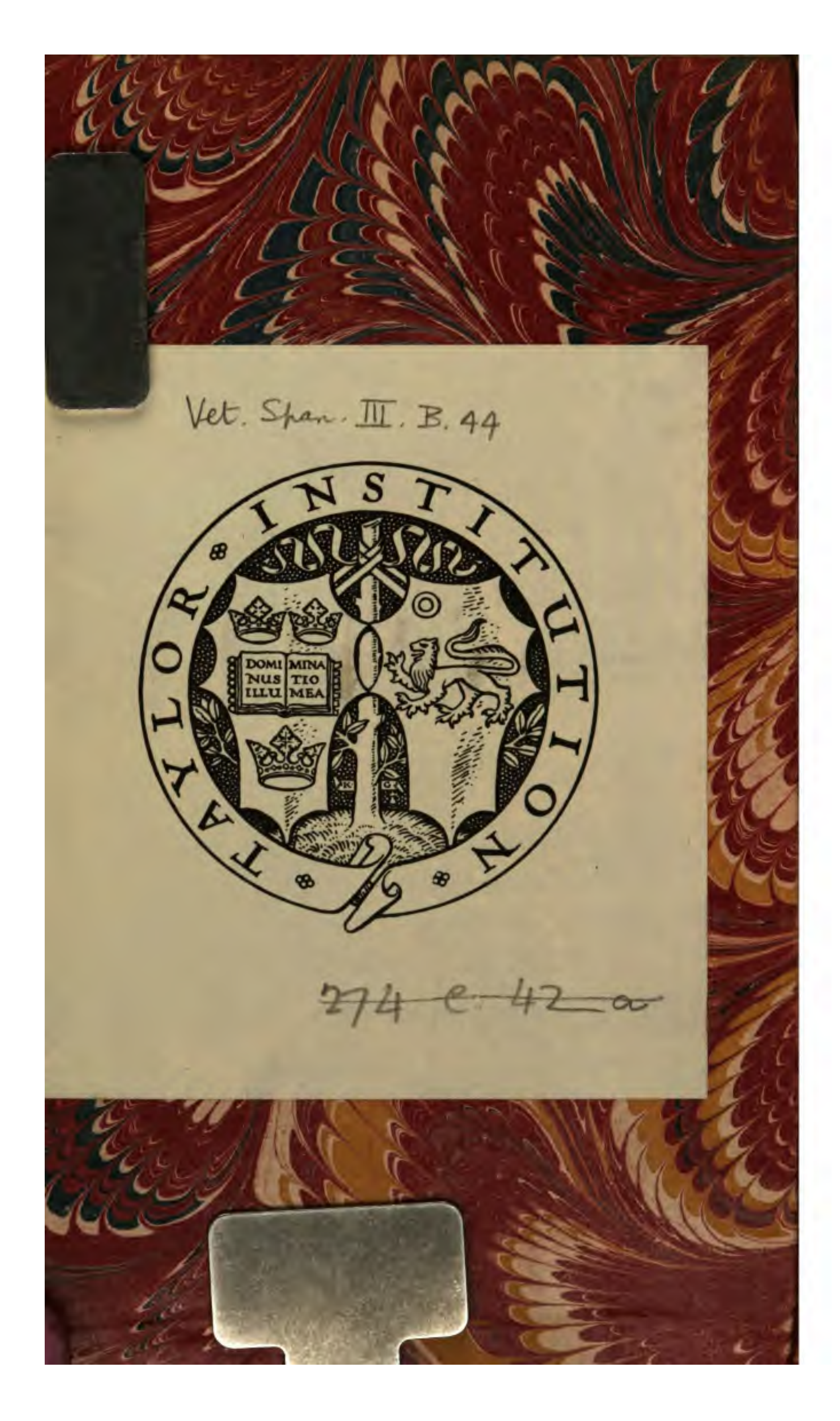




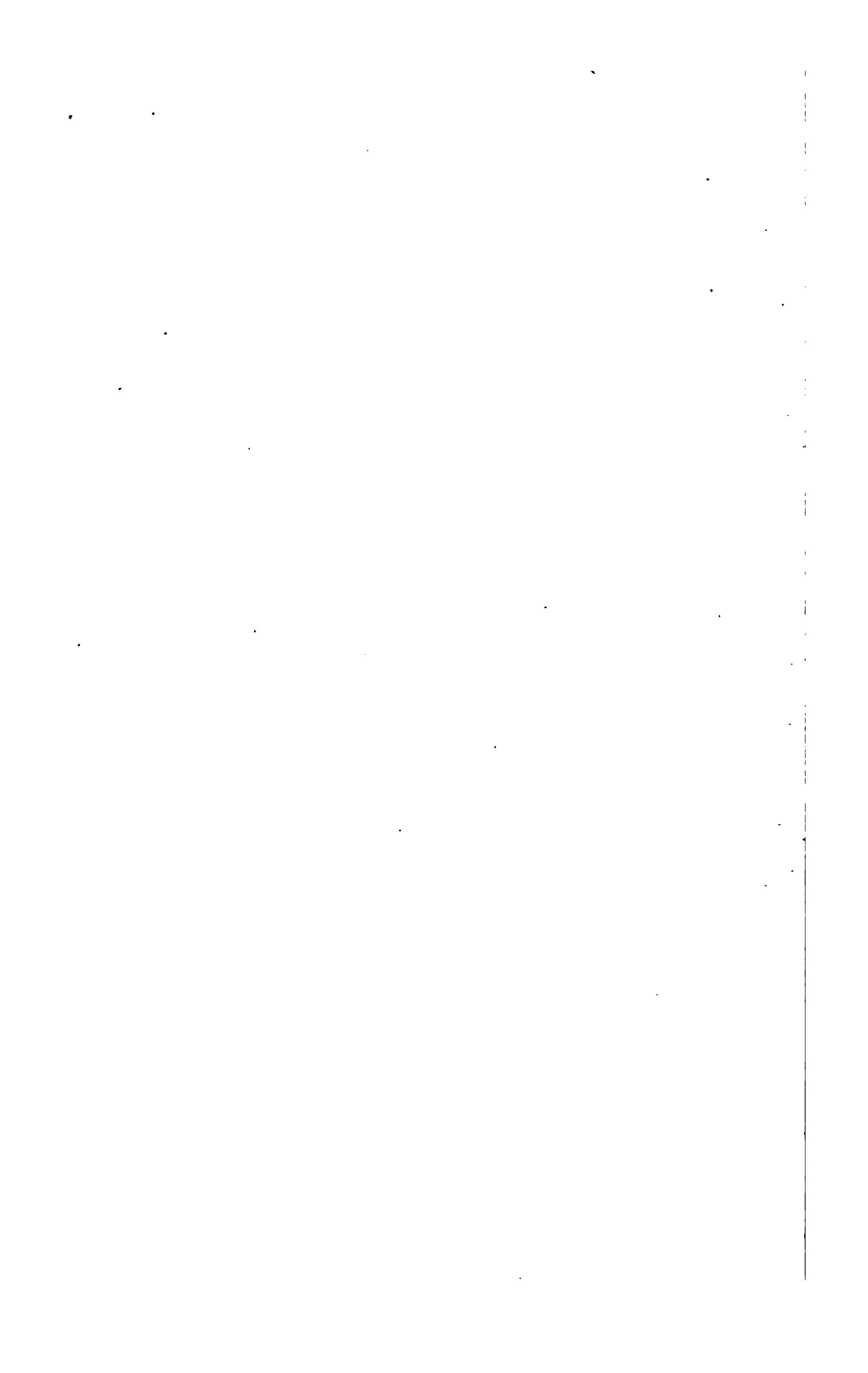


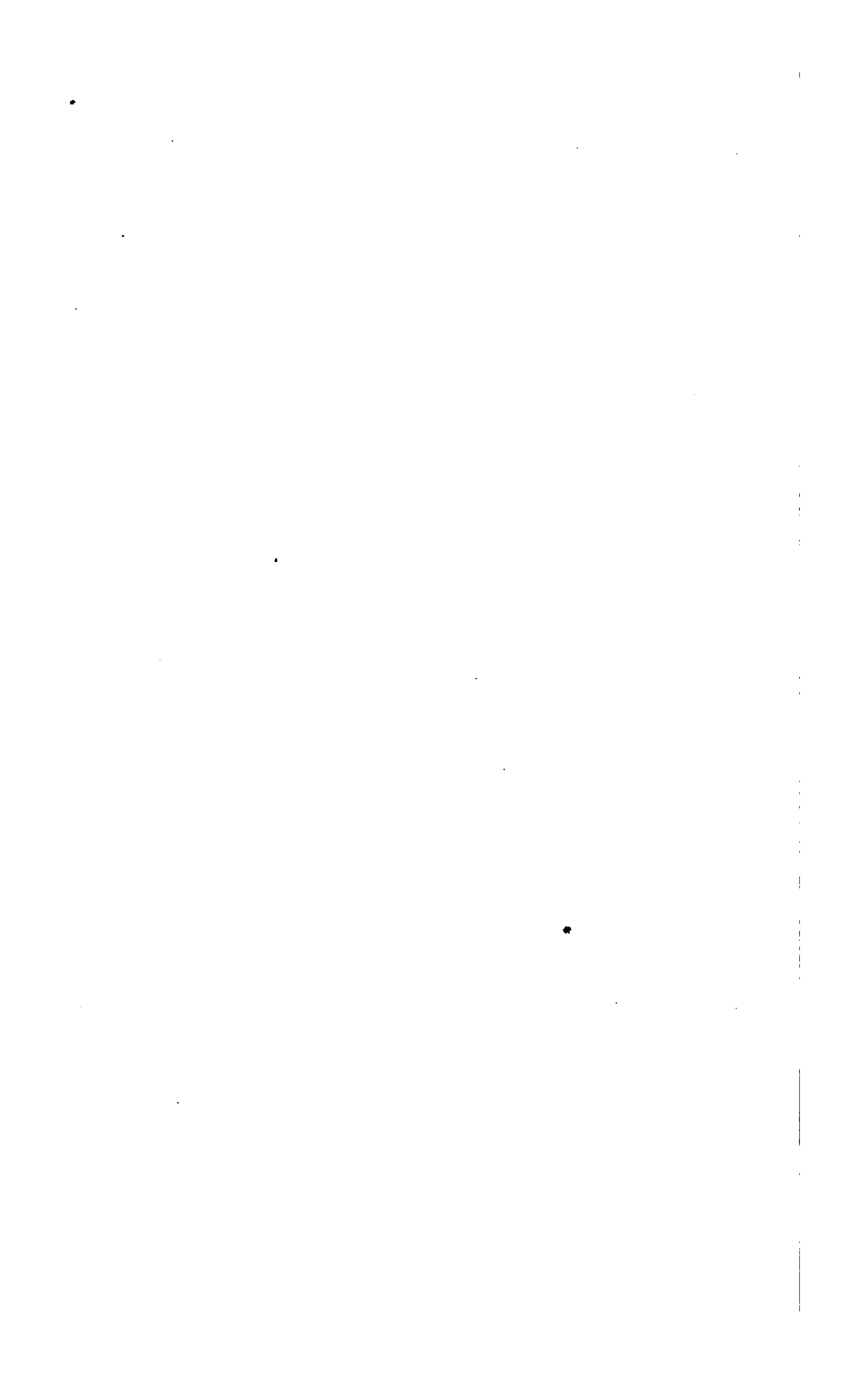





TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA









POESÍAS

ANDALUZAS

DE

DON TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ.

Segunda edicion.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.
Junio de 1845.



LIBRARY OF THE TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
19 DEC. 1940
OF OXFORD

Á FABIO.

¡Oh Fabio!... á tu amistad... pero ¡ah! perdona,
perdona una y mil veces, que arrastrado
por ese flujo de escribir ligero
olvidando que tienes los oidos
de finísimo temple, ya empezara
con esta que será dedicatoria,
sin advertirte que primero tapes
aquellos (los oidos) como puedas.
¡Ay!... tápatelos, sí; yo te lo ruego,
y si mi humilde peticion acoges
verás que la acompaña solamente
la mas noble intencion. Gracias. ¡Oh Fabio!
Bien se conoce que el talento tuyo
escede á lo vulgar. Sí, ya te veo
tapar con ambas manos las orejas

por no escuchar de mi pedestre estilo
el rudo sonsonete: muy bien haces,
¡magnífico!... ¡cabal! dásme gran gusto;
y por eso otra vez y veinte y ciento
gracias te doy, aunque carezco de ellas.
Pero ¿adônde dirás que me conduce
cargado de retórica este exordio?
¡Ay Fabio!... ya lo ves, me ruborizo,
y con solo pensarlo, á mis mejillas
se asoma el bermellon. ¿No me comprendes?
¿Pues quién, alma de Dios, mas que tú sabe
los infinitos de rubor sonrojos,
los de modestia y timidez transportes
que suelo padecer? ¿Por qué me obligas
á ser mas lato y parecer difuso
cuando sin otras que las dichas frases
en este punto terminar debiera?
Pero una vez que comprender no quieres
adónde parte mi atrevido objeto,
será preciso que esforzando el ánimo
y de flaqueza destilando arrojo
te diga lo que sigue. ¡Oh Fabio amigo!
Aqui me tienes por la vez primera
tu grande apoyo demandando humilde
y tu indulgencia reclamando á voces
para que so tu pabellon acojas
esta flamante coleccion de varias
festivas andaluzas poesías.
¡Poesías!!!... ¡buen Dios!... ¡qué he pronunciado!
¡Ay Fabio!... ¿no me escuchas? Ya te veo
que en un acceso de iracunda bilis
al suelo arrojas mi paciente libro,
y que cegado de furor deshaces
sus gordas letras con menudos golpes.
Amaina, amaina de tan justa cólera

los foques, la mayor y las tres gavias.
Si dije poesías, versos solo
mi intento fue decir, y esto atenúa
la gravedad de mi delito horendo,
porque versos, mi Favio, y poesías
en los tiempos que corren, como sabes,
distintas cosas son, dejando salvas
lo mas una docena de escepciones.
Llámalos versos como yo los llamo,
ó bien prosa ordenada en renglоncitos,
igual es para mí de cualquier modo
y tanto se me da. Lo que yo quiero
es que tú los defiendas, los adoptes
y los hagas valer si llega el caso
de que atacados sin piedad se vean
por tus sabios amigos. Diles, diles
con ese tono magistral que sueles
decidir las cuestiones mas oscuras
y fijar la opinion en los debates
artísticos, sociales, financieros...
que los dejen en paz. Que yo no aspiro
con este libro á cercenar la gloria
que pueden alcanzar con su sapiencia;
que son no mas que fugitivos toques
ó apuntes de los usos de unas gentes
que habitan bajo el sol del mediodia,
cuyas dulces armónicas tonadas,
su agudeza sin fin, su alma de fuego,
sus estremadas pláticas de amores,
sus celos, gravedad en las pendencias,
sus danzas sin igual voluptuosas,
su escesivo delirio en la fortuna
y lánguida á la vez melancolía
cuando á do quiera que sus pasos llevan
los sigue la desgracia... me encantaron,

y por eso no mas, harto atrevido
estos rasgos tracé por si otro alguno
quisiera levantar el monumento
que yo nunca podré. Si esto no basta,
dirásles, Fabio, que tiré esas líneas
por complacer al Editor famoso
que lo que escribo metaliza y compra.
Que tantas, como ves, incorrecciones
consisten solo en la indolente chispa
de su jóven autor. Esto conviene
que les digas tambien, pues será bueno
mezclar con la modestia la alabanza,
y que concluyas para mas asombro
y admiracion de los que hablar te escuchan
con este ú otro semejante golpe...
que soy aun mozo, y que prometo mucho.

¡Oh Fabio! si tal haces, yo te ofrezco
tirar la pluma, y aunque viva siglos,
no volver á escribir, ni á incomodarte
para que seas corredor y agente
del que rendido tu saber acata.

T. R. RUBÍ.

LA VISITA NOCTURNA (1).

Al Sr. D. Rafael Tejeo.

¡Várgame Dioz, esdichao!
¡En lo que vino á pará'
tu cabeza! ¿Quién dirá
que eza es la e Paco el Zalao
al vela tan empiná?

(1) El asunto de esta composicion está tomado de un cuadro original pintado por el distinguido artista don Rafael Tejeo, que representa un bandolero contemplando la cabeza de otro de sus compañeros, colocada en un camino.

¿No mablaz ya, Pacorriyo?
¿No zabes que hasta el Lucero,
tu valeroso tordiyo,
está ya como un cordero
y no come el probeziyo?

¿No zabes que tu María
y la Curriya tu hermana
yorando estan noche y dia,
y man jurao esta mañana
que azí estarán toa su via?

¿Y no vez aqui á tu Anton
puesto elante e tuz espojos,
que al cumplí zu obligazion
la angustia e zu corazon
ze le zale por lo zojos?

Míralo bien, camará,
y zi ve tanto pená
esde eze palo no puéz
¡ay!... jéchame una mirá
esde onde quiera que estéz.

Yo vengo á ve por la noche
tu chola, Paco, y no e dia,
porque temo que la mia
argun *puscanó* la ezmoche
pa jazerte compañía.

Si alguien aqui ze me encara
el trabuco es mi fortuna ;
aqui la zombra mampara...
y pueo verte eza cara
con las lucez e la luna.

¡Paquiyo! ¿Jásia ónde estás?
Di, lumbrera e las lumbreraz,
¿qué zan jecho tuz tonás...
tu zalerozas playeras
no las oiremos ya mas ?

Ya no tendremos pendiente
el ánima e tus clamores ;
ya á laz jás no echarás flores,
ni hayaremos un valiente
como tú entre los mejores.

Entre tos ya no tendremos
quien po nozotros responda :
ni hasañas junto jaremos,
ni juntoz á escape iremos
jásia las cuevas e Ronda.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

¿Y creerán ezos jurones
que no tenemos paziones
ni á nenguno enclinazion...
¿Pus qué, zeñó, los ladrones
no tenemos corason?...

¿No zentimos nuestro mal
lo mezmito que cáa cuál?
¿Ó penzais que no azpiramos
mas que á aqueyo que topamos
y á partilo por igual?

¡Ay!... vozotros los que eztais
en zocieá congregaos,
¿por qué cuando nos juzgais
vuestra mano no yebais
al costal e los pecaos?

¿En él nenguno teneis?
¿no oz ezcurrízteis jamás?
¿tan bien lo zojos poneis...
¿ó zolo con ellos veis
las culpas en loz emas?

¿No veiz que zomos jermanos?
Zi á tos los *largos e manos*
ze ajorcára..: Voto á Brios
que entonces probes guzanos,
oz ajorcaran á tos. . . . . .

Porque vozotros pecais
como un cualquiera jaria...
y aun con maz alevozía,
porque vozotros *chorais*
con mucha e la hiproquezía.

¡Várgame Cristo
con la juzticia!
Zi eyoz sescurren
ez sin malicia,
ez sin pensá.
¿Pues qué mas dá,
gente zin freno,
quitá lo ageno
en un camino
ó en la ciudá?

¿Y quién oz dió premizo
pa á lombre arrebatale azí la via?
Ecime, ¿eze poztizo
poer pa dá mulé, quién os lo envia?
¿Quién, zino Dios, monarca e sielo y tierra
que alienta á laz criaturaz,
y al cabo las entierra,
podrá, zin zé profano,
meteze e zu misterio en la jonduras?
Vozotros, mizerables pecaores,

zois los que armásteis vuestra propia mano
y la nuestra tamien; porque zin tino
con eze zoberano
poer que oz regalais,
en la pena igualais
al libre *montañez* y al azezino.

¡Paquiyo! ¿no ez la verdá?
contéztame, ¿no igo bien?
Ezos pobretez ¿quién zon
pa mandá noz den mulé?
Los que en los montez vivimoz
¿no emoz por ezo e comer?
¿no ha de ejarnos aqui el prójimo
ni aun lo que le zobra á él?
¡No! que nozotros marditoz
por ziempre zemos amen,
á la proste toz noz vemos
lo mesmo que tú te vez.
Pero escanza, Pacorriyo,
porque yo te vengaré...
zí, primero que me yegue
dacompañarte la vez.
Y estos caminoz y zierras
con zangre las regaré,
pa que zepan ezos mandriaz

que aunque á uno aprieten la nues
mal que lez peze, en la tierra
pa vengalo quean zien.
Y á loz que pazen esde hoy
zin lástima esplumaré,
y to lo que lez atrape
en un mez y en otro mez,
¡ay! en mizaz pa tu alma
á los frailez diñaré.
Zí, Paquiyo; y no taflijas
porque aqui zolo te vez,
pues cuando menos lo pienses
á acompañate vendré.—



EL JAQUE.

(*Cuento.*)

Tibio el sol, en occidente
su llama trémula hundía,
y con celajes de grana
velaba su faz rojiza.
No quedaba de su hoguera
sino una luz blanquecina
que débil el horizonte
de su confin despedía,
y lánguida en las arenas
del falaz Guadalmedina
dibujando falsamente
los objetos, se tendía.

Cerró la noche y despues
asomó entre la neblina
la luna pálida y triste
reflejando en la campiña
sus moribundos destellos
que lánguidos se perdian.—
Quedó desierta la playa,
el *Espigon*, la *Cortina*,
y solo allá en el *Campillo*
entre las sombras se vian
apiñados, platicando
de tunos una cuadrilla.
No hay ningun hombre de bien;
todos son gente de chispa;
y como dice el refran
toda gente sin camisa.
Hay ladrones, gariteros,
hay gente de la marina,
tramposos, pillos, fulleros,
chulos y contrabandistas,
y entre ellos tambien se cuenta
el jaque de Andalucía.—

Alli estan como ellos mismos
sentados junto la ermita
do há tiempo que se venera
el Cristo de Zamarrilla.—
Cada cual cuenta animoso
las hazañas de aquel dia,

las milagrosas empresas,
las estafas peregrinas
que sin conciencia cargaron
del prójimo en las costillas,
y se rien, y se aplauden,
y otras nuevas se meditan.—
En medio de aquella zambra
callado permanecia
el jaqueton andaluz,
la prez de la pillería,
tan valiente como él solo,
encerrado en sus patillas,
escuchando con desden
aquella gente perdida
que se alababa de cosas
tan tribiales y mezquinas
que por su poco valor
nombrarse no merecian.
Asi estuvo indiferente
escuchando valentias,
y mirando de reojo
perdonándoles la vida,
hasta que al fin uno de ellos
en ademan de homicida
tirándole un monterazo
le sacó de sus casillas.

—¿Qué tienes, Diego Jimenez,
que estás hecho un alcornoque?
—Muchaz ganaz e llená
un sementerio con hombrez,
que azí isparan monterasos
y que, como tú, dan cozes.
—Vamos que será algo menos.
—Ni menoz ni maz, ya lo oyez;
líbrate, Juan, si me amozco
te llene el cuerpo de azotes,
ó que te saque el bautizmo
de un tiron por los talones.
—Terrible estás, Diego.
—Y mucho;
que voy á *diñar* un *bote*
en la *fila* aunque zea á Cristo
zi alguno pienza esta noche
pizame el bulto; ¿lo entiendes?
—Sí que te entiendo: pero, hombre,
estás tan zerio... ¿qué tienes?
—Juaniyo, ya me conoses.
—¿Tienes zueño?
—No jeñó.
—¿Tercianas?
—No.
—¿Mal damores?
—¡Ay Juaniyo!—dijo el Jaque
sacando de los pulmones

un muy ardiente suspiro.
—Ezo tengo, y esta noche
no va á quear en el sielo
en cuanto suenen las dose
ni zantos, ni querubines,
ni angelitos, ni angelotes.
—¿Pues quién tacribiya el alma?
—La *Curriya Perdigones*.
Ese escuerso con refajo
que por dame en los bigotes
se casó po la mañana
sin ecime *ozte* ni *mozte*,
y esta noche ez el boorrio.
—¿Pero con quién?
—Con Blas Lopez.
—¿Con Blas Lopez el torero?
—Sí zeñó, con ese probe.
—¿Y qué intentas?
—¿Yo? vengame
aunque le peze á Zan Cosme.
—¿Y cómo te haz e vengá?
—¡Juaniyo! ya me conoses.
Ya sabes tú que en isiendo
Jimenez ¡ole con ole!,
ze lleva etrás tos los mares
y ze le humiyan los móntes.
—Es verdá.
—Pues quieo robala,
y quieo tabien á Blas Lopez

envialo á comé joyin
á loz infiesnos dé un golpe.
—Aspasio con lo que piensas;
y mira bien que Blas Lopez
le pinta un *jabeque* al zol
si en la *chichí* ze le pone.
—No importa; que yo me almuerso
como Lopez treinta hombres,
si tiro é mi saca-buches,
escupo, y me cuadro; ¿lo oyes?
—¿Y cómo lo vas á hacé?
—De una manera que azombre.
Ya zabes tú que acostumbra
ese hombre toas las noches
zalir á ver el *ganao*
en cuanto suenan las dose,
y despues que lo revisa
se güelve, y por los tablones
paza el rio; necesito
pa que salga bien conforme
la operasion y mis planes
de vozotros diez ó dose.
¿Os convenís?
—Pero ¿y qué
hemos de hacé con Blas Lopez?
—Una friolera. Esperale
al fin e los callejones,
y al pasá, sale cualquiera,
le da *mulé*, y *pater-noster*.

Entonces de la cuadrilla
se alzaron vagos rumores
preguntando por lo bajo
de aquella vida el importe,
hasta que dijo Juanillo:
—Pero, Diego, ¿no conoses
que estando de fiesta y boa
tal vez no zaldrá esta noche?
—¿Y por qué no, *esgalichao*?
¿lo he dicho yo? *ora por nobis*;
lo tiene por penitensia,
y ya zabeis que Blas Lopez
en este punto es cristiano.
—Es verdá.
—Pues bueno.
—Entonses,
¿quién le va á *diñá mulé*?
—¡Cualisquiera! quinse oblones
como un zol le entrego al punto
al que le aferre el cogote.
—No hay mas que hablá, yo me encargo.
—Que se quée *sentao* del golpe.
—Sí queará *espirrabao*
por el Cristo que noz oye.
—Lo que quea lo haré yo
en cuanto suenen las dose.

Dijo; y terciando la capa
y recogiendo el estoque

se salió de la cuadrilla,
y entre las calles perdióse.

Triste y sola está la calle
que de *Los mármoles* llaman,
capaz de asustar al miedo
si el miedo por ella pasa.
Es una calle sombría
que ni es estrecha ni es ancha,
pero en cambio es mas que todas
jibosa, torcida y larga:—
Cerca está la media noche,
y los vecinos descansan,
porque ni luz ni otra cosa
asoma por las ventanas;
y rejas, y miradores,
y puertas estan cerradas.
De una casa solamente
sale rumor, algazara,
y de tal modo el bullicio
con el silencio contrasta,
como si fuera un entierro
con violines y guitarras.
Aqui se descansa y duerme;
alli se canta la *caña*,
aqui soledad, silencio,

alli se rompen las tabas
con la *cachucha*, el *bolero*,
y sin tino se embriagan;
y asi los unos durmiendo
y los otros de jarana,
sin querer y sin pensar
el mundo á la vez retratan;
pues en tanto que unos duermen
ó velan, piensan ó rabian,
otros cantan, beben, gritan,
gozan, y sudan y danzan.

En esto dieron las doce
en una torre cercana,
y poco despues la puerta
de la casa en que cantaban
se abrió crujiendo, y salió
un hombre envuelto en su capa.
—A Dios, Blas;—dijo una moza
que se asomó á la ventana.
—Que güelvas pronto, mi via,
porque te espero con ansia.
—Curriya, al instante güelvo.
—Que no te olvies, si pasas
por los tablones, el rio,
que hay mala gente.
—Descansa,
que llevo aqui mi trabuco...
A Dios.

—Él contigo vaya.—
Y por la calle adelante
siguió Blas Lopez su marcha:
siguió tambien la funcion,
el estruendo y la algazara,
el ruido de castañuelas,
el baile, el vino y las cañas.
Siguieron tambien su música
las destempladas guitarras,
y las voces del festejo
que hasta la calle llegaban.
Unos gritan: ¡Salero!—Otros,
Juaniya, ¿por qué no cantas?—
Otros, ¡vino!—Otros, ¡dale!—
Otros, ¡Curra! ¡que me matas!—
Y algunas veces salian
todas juntas las palabras,
formando con sus acentos
estravagante algazara.
—¡Bien, zeñó!
—Ahí van zardinas.
—¡Oh!!
—Otra cañita, mi alma.
—Está bien en eza mano.
—¡Juaniya, bien!
—¡Vino!
—¡Vaya!
—¡Otra vuelta!
—¡Alsa!

—Ya está.
—Hasta que se hunda la casa.
—Vaya una ronda, zeñores.
—¿Vaya la espuela?
—Pues vaya.—
Y con tales alborotos,
con tales dichos y zambra,
no pudieron escuchar,
aunque á muy corta distância,
el estallido de un tiro
ni el ¡*ay*! que alzaron las ansias
de alguno que sobre el polvo
quedó con cuerpo y sin alma.—
En tantò el festin seguia
y con mas furia las cañas,
y las voces, y el estruendo,
y las palabras profanas,
cuando detras de una esquina
un hombre, que en ella estaba
esperando largo rato,
salió terciando la capa
sobre el hombro, y recatando
con el embozo la cara.
—«Ya estará en el otro mundo,»
murmuró el hombre fantasma.
—¡Ea! valor, tuya es la noche;
¡no esperes mas! ¿à qué aguardas?
Y con esto se acercó
à la puerta de la casa,

donde estaba á la sazon
el baile, y tocó la aldaba.
—¿Quién es?
—Yo.
—¿Eres tú, Blas?
—Sí.
—Pues toma la yave, mi alma.—
Y á la calle la arrojaron
desde una angosta ventana.
El hombre la recogió
con aparente cachaza,
abrió con ella la puerta,
y sin saber por qué causa
dejó la llave metida
por defuera en la cerraja.—
Subió con paso inseguro
la escalera de la casa,
atravesó un corredor,
y al fin se puso en la sala
donde estaba al parecer
el objeto que buscaba.
Al verle, todos quedaron
cual si vieran un fantasma,
sin accion, sin movimiento,
como si fueran estátuas.
Dejaron el pie en el aire
las parejas que bailaban,
callaron á un mismo tiempo
las mal sonantes guitarras,

y la ruda algarabía
de aquellos que alborotaban,
y las canciones quedaron
ahogadas en la garganta.
—Compae, ¿quién ez usté
y qué busca en esta casa?
Dijo uno, desde un rincon,
de los de mas mala facha.
—Yo zoy, contestó al momento,
Diego Jimenez, de Málaga,
que viene con el trabuco
á daros *mulé*, ¡canaya!
—¡Ajuera! gritaron todos;
¡tíralo por la ventana!
—No harán tal, porque lez ejo
como yesca las entrañas.—
Y en esto tiró el embozo
y al suelo despues la capa,
y mostró que no iba solo,
pues llevaba en su compaña
un trabuco naranjero,
dos puñales, dos navajas
y dos pares de pintolas
asidas á la canana.
—¡Ay daquel que se menée!
(dijo sonando las armas.)
¡Ay daquel que escupa, ó mire!
¡Jezucristo! ¡mal lo paza!
que le he de sacar las tripas

y ahorcalo con la mas larga.
—¡A la calle!!!
—¡*Sonsoniche*!
—¿Pues qué busca usté en mi casa?
«dijo la novia saliendo
debajo de una canasta.»
—A usté la busco, ¡mala hembra!
sin vergüensa y sin palabra.
¿Quién le manda á usté casarse
espresiando mi calaña?
¿No sabe usté que Jimenez
ez una fiera, so plasta?
—¿Y no sabe usté, Jimenez,
que me casé esta mañana
porque...
—¿Por qué, so pelona?
—Porque me dĩó la real gana.
—¡Ay Dios mio! ¡qué julepe
va á yevaze esta muchacha!
—Márchese usté, so espantajo,
que parece usté una tranca.
—Usté una mómia parese
con esa cara tan lásia.
—Váyase usté, mala sombra,
al istantico e mi casa,
porque vendrá mi *mario*,
y le saldrá á usté á la cara.
—¿Qué ha e vení? ¡Ay... *malos mengues*
le tajelen laz entrañas!

Póngase usté bien con Dioz,
ó póngase usté la saya
y véngaze usté conmigo...
vamos, presto, zin tardansa.
—¿Quién, yo?
—Sí, usté.
—No pué sé
ni lo uno ni lo otro, ¡mandria!
—¿Pues quién ze opone?
—¡Nozotros!!!
gritaron los de la zambra,
apurada la paciencia
con tantas baladronadas.
—¡Vozotros, malas gayinas,
se me os venís á las barbas!
Pues resar sincuenta creos
y encomendaroz el alma.
—¡De esta zuerte!!—Y todos juntos
hácia Diego se adelantan,
y al irle ya á acometer
y á hacerle el pellejo rajas,
Blas Lopez apareció
en la puerta de la sala.
—¿Qué es esto?—dijo acercándose
hácia el tumulto.
—¿Qué paza?
Y al verle Diego Jimenez
tiró en el suelo las armas,
y tapó con una mano

lo que pudo de la cara,
y con la otra hizo la cruz
y á Lopez en fin demanda.
—Yo te pio por el nombre
e la Vírgen zobérana,
que te güelvas, sombra triste,
del otro mundo á la estansia,
y que ejez aqui á Jimenez
que siga teniendo calma...
ziquiera por los cuartillos
de Valdepeñas y Málaga
que echamoz en otro tiempo
en la tienda de Colasa.
—¿Está usté *matagarnó?*
le dijo Lopez con rabia,
¿ó es usté, compare mio,
el que ha dispuesto la hasaña
e que al salir esta noche
entre dose me mataran,
que si no es por mi trabuco
acaso no lo contara?
—¿Con que estás vivo, Blas Lopez?
—Vivo estoy en cuerpo y alma.
—Pue, zeñó, yo no sé mas
que lo que tú me relatas.
Con que, pasá güena noche,
ivertirse, hasta mañana.
—Espera! repuso Lopez
asiéndole de la capa.

¿A qué has *subío* tú aquí?
—Por... ya lo sabrás mañana.
—No; ahora mismo.
—Pues hombre,
haz e sabé que pasaba
por la calle á una eligencia,
sentí que habia jarana
y subí... ¡por estas cruses!
á oir cantar una caña.
—¡Que miente!—gritaron todos.
—¡Señor! ¡por santa Escolástica!
—¿Quién te abrió la puerta?
—Yo,—
dijo la novia asustada,—
porque fingió que eras tú,
y le eché por la ventana
la yave, y subió hasta aquí
pa insultá á los e la sala.
—¿Esas tenemos, compae?
—Blas Lopez, ez una chansa.
—¿Es una chansa? ¡pues toma!
y le tiró una puñada
que le dejó las narices
por toda la vida chatas.
—¡Ay Blas Lopez! ¡tiene usté
muy poquísima criansa!—
dijo Diego incorporándose
y sacudiendo la capa.—
Pero mañana habrá luz...

¡ya nos veremos mañana!
—¡Pues toma por esta noche!
y le asentó una descarga
de moquetes tan bien dados
que le hizo rodar la sala.
—¡Dios mio!! zácame pronto
de entre esta gente tan basta,
que si no van á morir,
y el matalos me da lástima.
—No hay de qué,—contestó Lopez:
vaz á zalir y zin gana.—
Y á una seña le cercó
aquella gente sin alma,
y le alzaron todos juntos
como al que llevan en andas,
y despues dieron con él
á una voz por la ventana.

Quiso volar el buen Diego,
pero no encontró las alas,
y tuvo por precision
que bajar con mala gana
de cabeza hasta la calle,
y diz que cuando bajaba
medio ahogado iba diciendo
«¡YA NOS VEREMOS MAÑANA!»

EL CHARRAN.

Música del maestro Iradier.

Con mi gusto, mare mia,
este ofisio bien está:
vendo al probe y al uzía
en el barrio y la siudá.
¡Ay!... toz oyen mis pregones...
¡Boquerones!
¿quién quié mas?
que me najo,
que me escurro,
¿quién quié mas?
Porque espera la Curriya
en la playa á zu *Charran.*

Zoy un probe, y es mi hasienda
lo zenachos, y no mas;
pero tengo mas fachenda
y mas jumo y caliá
que ezos tristes valentones...
¡Boquerones!
¿quién quié mas?
vamos presto,
que me escurro,
¿quién quié mas?
Porque espera etc.

Cuando viene en la marina
á comprame alguna já,
platicamos... y es la endina
la que intenta zer comprá.
¡Ay Jezú! qué tentasiones...
¡Boquerones!
¿quién quié mas?
que zacaban
y me najo,
¿quién quié mas?
Porque espera etc.

¡Zan Francisco! ¡Si no espacho
el demonio va á danzá!
Vamos presto... ¡boquerones!
¿quién quié mas?
¡Ay Dios mio!... ¡que ayí viene

la Antoñuela... y jásia acá!...
Zi nos dica la Curriya...
¡ya está armá!
No tarrímes, cara e rosa;
no me vengaz á ajogá,
que bastantez ezasones
por tu cauza tengo ya...
¡Paza ayá!
Que tra jeze sarandeo
lo zojuelos ze me van...
¡Ay! me escurro hásia otra parte,
pue zino voy á pecá.
Y zi peco, la Curriya
zenfaará...
¡Pues no es ná!
¡Nunca el sielo lo premita,
ni la zanta Treniá!

Vámonó jásia la playa,
porque ya tengo parné;
la Curriya se mesmaya
cuando güelvo zin calé—...
¡Zuyos zon tos mi joblones!...
¡Boquerones!
¿quién quié mas?
que me najo y ya no güelvo,
¿quién quié mas?
Porque espera la Curriya
en la playa á zu charran.

ROQUE Y ANTON.

Roque. ¿A que te mojo la oreja?
Anton. ¿A que zaco la navaja
y te pongo la mortaja
de un rajuño en la peyeja?
Roque. ¿Tú?
Anton. ¡Yo zolo!
Roque. ¡Probe oveja!
Anton. ¡Guzarapo!...
Roque. ¡Chavalejo!
Anton. ¡Tira aqui!
Roque. No... que malejo,
porque yo no quió, mal majo,
que me bezes el sancajo...
Anton. Porque es amigo... lo dejo.

¡Á LOS TOROS!...

Pepiya, vente á los toros;
Pepiya, vente á gosar,
porque con toros la tarde
conviándonoz está.
Azoma aqui eze palmito
e cara tan selestial,
y arrepara en que tu chayro
hoy te viene á conviãr.
Vamo, Pepa, po la Vigen
ajuera eza puerta zal,
y en laz ancas e mi bayo
erramando luz irás.

¡Arsa y ole... repulía!
no te jagaz e rogá,
porque ya zabes que yo
zoy lo mesmo que un pernal.
Conciëra, cuelpo ivino,
e lo que yo zoy capaz...
y no me obliguez á que entre,
y á que jaga una trastá.
Tiende por eze camino
la vista, Pepa, y veráz
al *Surdiyo* y á *Juan Truenos*
que con zus *chulamas* van.
Y mira cómo me miran
azí... al zoslayo... al pazar,
y ze van *chimuyeando*
que tú no me quieres ya.
¿Que no me quieres?... ¡por via!...
¡pues no nos faltaba mas!...
¡Zal aquí pa que ze aturdan,
Pepiya, ¡ligero!... zal.
Arrecoge mis clamores
y no te compongas mas,
porque tú de cualquier móo
mejó que nenguna vas.
Bien lo zabes, retrechera,
prezumía zin igual,
¿por qué zi al cabo te abajas
me jazes tanto pená?
Zal sin miëo de que el *Chato*



tu zol ze atreva á mirá,
porque está escanzando el probe
esde ayé en el espital.
El torpe, Pepa, conmigo
zus juerzas quizo probá...
y ayé de un *vote* por poco
le arrebano to el cuajár.
Que ze vengan los que quieran;
que zalten aqui, y verán
que tienes, Pepiya, un *chairo*
con remucha caliá.
Y vamo, chula, que el tiempo
va corriendo á no poer mas,
y los toroz en la plasa
esperándonoz estan.
Pepiya, por un *divel*
que no me jagas rabiá;
y vente á ve los toriyos,
que zon e Puerto Real.
Cruzaremos tú y mi bayo
por en medio e la siudá;
iremo ziempre al escape...
lo mesmo que el Vendabal.
Y luego cuando la fiesta
ze vaya acabando ya,
á la tienda nos vendremos
del montañez Aguilar.
Y ayí beberemos Lágrima,
Tintiya e Rota, Imperial,

y una caña entonaremos
e las copaz al compas.
Y cuando ya no poämos
ni mas bebé ni cantá,
á nuestra caza, Pepiya,
lo jamigos nos trairán.
Esto te ofrezco, mi *Garda*,
y lo que luego verás...
Pepiya, vente á los toros,
Pepiya, vente á gozá.



UN DESENGAÑO.

Diálogo de dos majos.

—¿Hásia ónde va usté, compae?
¿quién viene por retaguardia,
que va usté desesperao
juyendo y con eza facha?
—Hombre... quítese usté e elante
y zuélteme usté la capa;
que me pierdo, comparito,
zi esta ocazion ze me naja.
—No zeñó, quieto á mi lao;
estese usté en mi compaña,
y al primero que zarrime
la jeta ze la hago rajas.

—Pero zi no es menesté;
zi no me zigue ni un alma;
zi ezo juera, zabe usté
que yo no escondo la cara.
—¿Pues por qué ez eza corrensia?
—Por ver á aqueya zerrana,
po jablar á aquel lusero
que sandunga y luz errama.
—Compare, ¿á cuál? ¿es aqueya
que está azomá á la ventana?
—La mesma: por eya tengo
como yesca laz entrañas.
—Pero ¿quién le ha dicho á usté
que aquella jembra es zerrana?
—A mí naide, lo prezumo
por zu zalero y zu gracia:
por aquel móo e mirá
con que á laz almas traspaza:
por aquel garbo y zoltura....
y en fin, por aqueya cara
que Dios le dió tan jermoza,
tan completa y tan bisarra,
que al formarla, no hay remedio,
Dios dijo al mundo: «¡Canaya!
miral lo que Yo zé hacé;
esta ez obra de mis palmas:
para aturdiroos la envío...
adoráme á mí adorándola.»
Y al miral yo tanto onaire,

chimuyé aqui pa mi capa...
tú debes zer e la Zierra,
y de la Zierra la gala.
—Pues compae, está usté *errao.*
—Por qué.
—Porque es easteyana,
zi no miente quien lo dijo.
—¡Jezucristo!
—¿Usté zespanta?
—Ya no zeñó; yo creia
que aquí zolo zencontraba
lo güeno y lo mas pulío
que cuenta en zu zuelo España;
pero ya, compare, creo,
por eza luz soberana,
que no es zolo pa esta tierra
pa la que el *Zeñó* trabaja.
Que lo diga eza criatura:
compae, ¿verdá que encanta?
—¿Y usté le contó zus penas?
—No zeñó, ni una palabra.
Es tan zéria como hermoza;
le quió relatá miz anzias,
me estiro, escupo, me planto,
me mira, y queo zin habla;
pero ya que estoy aqui,
¡Jus, compare! de hoy no paza.
—Espéreze usté, esdichao.
—No zeñó...

—Vamos, cachasa;
que ze pierde usté compae,
zi zarrima á la ventana.
—¿Por qué?...
—Porque zi zeñó;
eza jembra que le mata,
pretenese á un *Estudiante*
quèz el diablo en cuerpo y alma.
—¿Qué me ice usté?
—La verdá;
y... güélvase usté á zu caza,
porque zi él yega á zabelo
le canta á usté una tirana.
—¡Eh, compae! ¡no hay por qué!...
me voy, zi zeñó... ¡pues vaya!...
tengo yo muncho respeto
á la gente con zotana.
—Mas vale azi...
—Zí zeñó;
yo ezas cozas inoraba,
y no me gusta meteme
en camison de onse varas.
Cómo ha e ser... ¡Várgame Dios!...
Lo ziento... ¡ay qué muchacha!...
El corason ma partio;
ya no pueo con las lágrimas...
Véngaze usté y yoraremos
en la tienda de Colaza.

VOTOS Y JURAMENTOS.

Málaga.

En el barrio del Perchel,
detras de la calle ancha
está la del Santo Cristo,
como en lo antiguo llamaban.
Es calle de poco paso,
y parece que olvidada
está entre las otras calles
que la circuyen y abrazan.
Porque en tanto silencioso

el tiempo por ella pasa,
las otras han adquirido
con mil aventuras fama.
Ha habido en ellas festines,
y música y algazara,
pendencias de todas clases
y nocturnas serenatas.
Encuentros maravillosos,
donde con pocas palabras
se han terciado los estoques
con sombreros y navajas.
Donde ha habido guitarrazos
y canciones estremadas,
y donde alguno ha perdido
sin jugar lo que llevaba.
Y en tanto que la del Cristo
está muda y solitaria,
escuchando desde lejos
el rumor de sus hermanas,
Un tesoro de hermosura
allá en su silencio guarda,
que el majo LUCAS MORENO
sabe bien dónde se halla.
Allí vió por vez primera
entre las sombras á CLARA,
que es hija de *Esteban* SIERPES,
mejor dicho, *Esteban* CALMA.
Allí fue donde al abrigo
de su cigarro y su manta

pasó las horas penando
un amor sin esperanza:
Donde le inspiró canciones
su ardiente, amorosa llama,
que en son de queja entonó
al compas de su guitarra;
Y donde por fin *su prenda*
vencida de pruebas tantas
se dejó ver una noche
en la entreabierta ventana.

—¡Prenda mia!... (dijo Lucas
al ver á su linda Clara),
¿por qué quieren ezos zoles
tener á oscuras mi arma?
¿Por qué me jases pená
elante de esta ventana,
pasando en claro las noches
mientras tú estás sosegáa?
¿No escuchates las playeras
que tentonaron mi zanzias,
cantares que son mas tristes
que toa la zemana zanta?
—Zeñó Lucas, zí escuché,
y cuando escuchando estaba,
zin poerlo remediá
ze me zaltaron las lágrimas.
—¡Qué me ize usté, rezalá!
¿y jué mi cantá la cauza?

—Zí zeñó.
—¡Bendita zeas!...
¡que azí mi jamores pagas!
—Cáyese usté, zeñó Lucas,
que no está á mucha distansia
mi padre, y pudiera ser
que escuchara ezas palabras.
—¡Na mimporta que lo zepa,
y el barrio tamien, mi alma!
—A mi zí, porque no gusta
damores po la ventana...
y zus gustos jase güenos
con el poer de la tranca.
—¡Ay Jesú!... ¡probe infelis
zi á hasé tal coza yegara!
—¿Qué hisiera usté?
—Con lo zojos
le partiera las jentrañas.
—¡A mi padre!...
—Y es verdá...
entonses... lo perdonara.
—¿Es e veras?
—Zí, mi via...
porque ya no macordaba
que tu padre es un zagrao
pa quien como yo te ama.
—Pues júrelo usté con prenda.
—¡Qué!... ¿no basta mi palabra?
—No jeñó; que quien ze olvia

tan presto del que me guarda,
no es mucho que no recuerde
lo que promete á quien ama.
—¡Bien tirá!... toma este laso
que aqui en mi chambergo campa,
y que e respeto y amores
zirva de prenda, mi Clara...
Mas no quiziera, mi reina,
que zubiera á tu ventana,
zin que otra prenda tus manos
á las miaz arrojaran.
—¿Y cuál le pueo yo dá?
—¡Cualisquiera!
—Vaya en gracia.
Y diciendo esto la niña
buscó entre las verdes ramas
de las flores que crecian
delante de su ventana,
una prenda que pudiera
gustar al que la esperaba.
En tanto Lucas Moreno
preludiando en su guitarra
con mucho garbo un *jaleo*
de aquellos buenos de Málaga,
mas que nunca enamorado
de aquella flor solitaria,
con dulce voz entonó
una tiernísima caña.
Al viento dió sus cantares

con tan armónica pausa,
con tan lánguidos acentos
y débiles consonancias,
que arrebató el corazon
de la que el canto escuchaba,
obligándole á decir,
de amores cautiva el alma:
—Bien cantao, mi zeñó;
toma esta prenda, y repara
que ez una flor con espinas
que punsa á quien mal lagarra.
—¡Ay mi zojos! yo zabré
zin que me pinche, tomarla,
y en lugar daqueste laso
poner á tu roza blanca.
—Cuide osté no yeve el viento
zu zojas y ezas palabras.
—Primero ze yevará
mi prezona en cuerpo y alma,
que á zu zojas, y que mienta
en lo que garlo, mi Clara.
—Azí lo espero e quién zabe
entoná con tanta grasia...
y á Dios ya por esta noche,
pue ze aserca la mañana.
—A Dios, mi gloria y mi via,
ya ze cumplió mi esperansa
dando fin á mis temores:
¡á Dios!... lusero e las majas,

aqui tendrás por las noches
á Lucas y á zu guitarra,
que entonarán maraviyas
ebajo de tu ventana.

Dijo; y la calle adelante
con direccion á la playa,
siguió el galan rasgueando
unas boleras robadas;
y cuando ya sus acentos
perdidos por la distancia,
ya lánguidos, armoniosos,
escasamente sonaban,
se asomó por el Oriente
rica de luz, la mañana.

Y una noche, y dos, y mas,
el majo Lucas volvió,
y á la hermosa enamoró
con las coplas que cantó
de su guitarra al compas.

Allí estaba hasta la aurora,
desde la sombra hasta el dia
pasar las horas solia,
y sus votos repetia
á su maja encantadora.

Y ella mostrando galana
sus hechizos seductores,
escuchaba los amores,
fantástica entre las flores
de su arabesca ventana.

Asi en amorosa vela
disfrutaban de otro sueño,...
mágico, dulce, halagüeño,
de la vida el mas risueño
sin pesares ni cautela.

Todo era amor, y armonía,
y sentimiento y ternura;
en la noche quieta, oscura,
suspiraba la hermosura
y el galan de amor moria.

Y si alzaba su cantar,
lo arrullaba el manso viento,
de su bella el dulce acento
y el sonoroso movimiento
de las olas de la mar.

Allí la cándida flor
que en el sombrero llevaba,
en prueba de fé mostraba,
y en ella despues juraba
á su maja eterno amor.

Y otra flor quiso despues,
y Clara se la arrojó;
y á pedir otra volvió...
y Clara se la negó
porque no quiso dar tres.

Mas, queriendo en su porfia
tercera flor alcanzar,
pensó hasta arriba trepar
y aquella flor arrancar,
y tambien su lozanía.

Hay quien dice no subió;
y otros diz, que aunque villana
diligencia, no fuè vana,
pues subió hasta la ventana
y dicen que la alcanzó.

Pero el tiempo fue perder
contando esta travesura,
que en vano el vulgo murmura,
porque era la noche oscura
y nadie lo pudo ver.

Solo es cierto que el galan
que tanto en su amor soñaba,
y por Clara deliraba,
con el tiempo que pasába
se fue calmando su afan.

Y al fin, de ventura escasa,
ella su amante perdió,
y la flor se marchitó,
y aquel amor se pasó,
que todo en el mundo pasa.

Está la calle sombría,
solitaria, sin rumor;
no se escucha del cantor
la dulcísima armonía.

Nada en torno de ella suena;
no turba el son amoroso
el fantástico reposo
de aquella noche serena.

Ni el viento como antes zumba,
porque hora débil suspira,
ni la mar inquieta gira
ni en las arenas se tumba.

Que al soplo del manso ambiente
sus flotantes aguas riza,
y allá en la playa desliza
sus ondas lánguidamente.

¡Cómo esperar que esta calle
quedase de amores muda,
que si es la misma se duda
ó acaso un desierto valle!

Solamente en su ventana
Clara entre flores está,
meditando en lo que va
desde un ayer á un mañana.

Recuerda y alcanza á ver
se marchitaron sus flores,
y volaron sus amores
para acaso no volver.

Y aquel proceder impío
le arranca abundante lloro...
de ricas perlas, tesoro,
de aquellas flores, rocío.

Y exhala tan dulce aroma
la misteriosa ventana,
cuando en vez de la mañana
por ella Clara se asoma,

Que confunde los olores
su imagen de amores muda,
de tal modo, que se duda
si es su aliento ó son las flores.

Alli al acabarse el dia
un recuerdo la llevaba,
y siempre por él tornaba
cuando la noche volvia.

Y solo ardientes suspiros
eran alli su consuelo...,
suspiros que el aura al cielo
llevó en invisibles giros.

Mas, pudo á tanto llegar
lo que Clara suspiró,
que su padre la escuchó
en silencio sollozar.

Y diz que dejando el lecho
se acercó á saber su pena
con la mirada serena,
mas con temor en el pecho.

—¿Qué tienes tú, Clara mia?
(le pregunta Esteban Sierpes)
¿por qué estáz á la ventana
y con eze zonzonete?
Di, ¿qué emonios ta pazao?
Cuéntamelo, aqui me tienes.
—Pare mio, no era ná;
estoy tomando el ambiente
que fresco dende la mar

jásia esta ventana viene.
—¿Y ezas lágrimas, Clariya?
—¿Estas lágrimas? á veses
zin zabé por qué ni cómo
ze me hasen lo zojos fuentes.
—¿Y los zuspiros que dabas
zon tamien e los *da veses?*
—Zí jeñó.
—¿Y eza carita
que de una muerta parese,
á veces jasí la pones
lo mesmo que hora la tienes?
—Zí jeñó.
—¿Sabes qué igo?
—¿Qué, pare mio?
—Qué mientes.
—No jeñó.
—Yo igo que zí,
y malos mengues me yeven
á la rastra dun *buchí*
zi me has dicho lo que zientes.
—Zí, padre...
—Zobre que no...
y yo te iré esde onde viene
el viento que azí te pone...
y jaga un *divel* no yegue
á mis *piñoz* el *manró*
zi no asierto lo que tienes.
—No quiera el sielo, zeñó,

que osté mis penaz asierte...
ni me pia osté tampoco
que yo mesma ze las cuente.
—Zobre que yo bien esia
no era aqueyo lo que zientes,
ni que ezas lágrimaz eran
tampoco de las *da veses*:
¿tú en la ventana al zereno
con achaque de lambiente;
tú yorando y zuspirando
en tanto tu padre duerme?...
Vamos claros; di, muchacha,
lo que taflije y te duele;
zuelta sin mieo la *muy*
y no zigas en tus trese,
porque ya zabes que zoy
tu padre, y me llaman *Zierpes*.
—¿Y zi dempues que lo iga
de zabelo sarrepiente?
—¡Arrepentime! y ¿por qué?
—Porque mi pena ez e zuerte
que alcansa á nojotros dos...
y así, padre, no zempeñe
en zabé zecretos mios...
—¡Mochacha!... ¡puz aunque juezen
lo zecretos maz ocultos
e toa la cristiana gente!
—¡No quiera osté que los diga!
—Zí quieo, y jerre que jerre.

—Por Dios, pae...
—No hay remedio.
—¿Y zi os peza?...
—Que me peze.
—Y zi luego...
—Vamos, niña,
que ya la zangre me yerbe.
—Puz entonzes zepa osté...

Y aqui Clara suspiró,
y á su padre refirió
de sus cuitas el por qué...
y despues siguió llorando,
de angustia y dolores llena,
y al ver su estremada pena
dijo Esteban murmurando.

Tiene rason la muchacha,
y pues que yora lo ziente...
es menesté que zu pae
la perdone y la remedie.
Vete, Clariya, á escansá,
porque el dia andando viene,
y yo te pondré mañana
aonde mas flores no entregues.

Y despues que quedó solo,
puesta la mano en la frente,
dijo con muestras de enojo

y con acento solemne:

Yo haré te güelva la fló
eze chaval inzolente;
y zi no que ze prepare
y la *fila* zencomiende,
porque he de perdé mi nombre
zi no le pinto un *jabeque.*

Apaga su lumbre el sol
en el lejano horizonte,
y las nieblas, á su luz
se despliegan é interponen.

Gime el viento, y de las olas
el igual sonante choque,
son los ecos que acompañan
allá en la playa la noche.

Recatado, silencioso
discurre por ella un hombre,
y cuya planta se duda
si acaso en la arena pone;

Porque cruza tan veloz
rasgando las sombras dobles,
que se ignora si es el viento,
ó si es un hombre que corre.

Al verle pasar dijeran
las viejas supersticiones,
si era un trasgo ó si eran dos
que giraban uniformes,

Ó algun fantástico ser,
de los que no tienen nombre,
que llevaba algun mensage
tampoco se sabe adónde.

Pero es miedo lo que lleva,
porque le sigue otro hombre
que hace tiempo le persigue
y su objeto se le esconde.

Anduvo errando por plazas
y torcidos callejones,
y siempre su incierta ruta
iba siguiendo aquel hombre.

Pero ya estan en la playa,
y sin trabas que lo estorben,
el remedio de su espanto
el primero en los pies pone.

Mas el segundo corrió
al ver que el primero corre,
y ya cerca, dice: «¡Lucas!»
y ambos quedaron inmobles.

—¿Qué zofrese?

—Dos palabras.

—Pues á garlarlas mu presto.

—¿Me conose osté, compae?

—¿Conosele?... ¡no por cierto!...
y no zarrime osté tanto,
porque zi no... nos veremos.

—Pues azérquese osté aqui.

—¿Asercame yo?... ¡no quiëo!...
que tiene osté mala cara.

—Pu jentonses yo mazerco.

—¡Jezucristo!... no zarrime
zin resar un paë nuestro...

—Un pae nuestro... ¿por qué?

—Porque yo zoy mu tremendo
zi le yego á echar á alguno
e verdá los sinco deos.

—¿Zabe osté lo que le igo?

—¿Qué es lo que dise?...

—Que pienzo
está osté, camaraita,
pirrándose de canguelo,

—¿Yo canguelo?... no jeñó;
¿quiere osté ver al momento
cômo yamo con mi arrojo
hasta en las puertas del sielo?
¿Quié usté ve cómo arrebato
á los mares sus simientos
y aluego con eyos corro

mas velós que el mesmo viento?
¡Jay, compae!... usté no zabe
cómo las gasta Moreno.
—¿Y osté no zabe cuál es
de Esteban Zierpes el genio?
—¡Zan Fransisco!! ¿será osté
Esteban Zierpes?...
—El mesmo.
Dijo Esteban acercándose
al arrogante mancebo.
—¡No me toque osté á la ropa...
porque mi ropa ez e fuego!
—No ez á la ropa, compae,
onde tocále yo quieo.
¿Osté conose á mi Clara?
—Zi jeñó; ¿y qué tenemo?
—¿Osté la entonó cantares?
—Zi jeñó; ¡y de los güenos!
—¿Y osté rondó por mi caye?
—Zi jeñó, zi bien recuerdo.
—¿Y por qué ha dejao la ronda,
los cantoz y los requiebros?
—Porque me puze mu ronco
de está de noche al zereno.
—¿Y osté conose este laso?
—¿Ese laso?... ¡Dio jeterno!!
—¿No zabe osté de quién es?
—Zi jeñó; de mi zombrero.
—¿No entiende osté lo que pie?

—¡Yo!... no jeñó; no lo entiendo.
—Pues yo ze lo esplicaré
zin andá con mas rodeos.
Está pidiendo ze cumplan
unos cuantos juramentos
que una noche á una mugé
en la ventana se hisieron.
Está pidiendo una fló
que un jombre zin fé, zin freno
en otra noche arrancó
á juersa damantes ruegos.
La muger ez hija mia;
el hombre es *Lucas Moreno*...
y zi el último no cumple
zus votos y juramentos,
que encomiende zu alma á Dios
y ze cuente entre los muertos.

Calló Esteban, y siguió
á sus voces el silencio.
Lucas Moreno vacila
entre el temor y el deseo:
ignora qué responder;
pero al mirar lo resuelto
que Esteban busca el bolsillo
y saca de él... un pañuelo,
pensando que era otra cosa
dió un salto hácia atrás, diciendo:

—¡Eh!... ¡compae!... ¡no hay por qué!...
yo me cazo... no hay remedio;
venga eza mano damigoz
y... envaine osté ya eze asero;
pus no quiēo que ze iga
e Lucas en nengun tiempo,
que dezoyó las rasones
de Esteban Zierpes zu zuegro.
—Azí le quiēo yo á osté,
y azí acaba nuestro pleito.
Vámonos jásia mi caza...
y zírvale á osté dejemplo,
que el hombre debe cumplí
zus *votos y juramentos.*



LA BUENA VENTURA.

A, P...

EL MAJO.

Gitaniya, zandunguera,
ven acá por un divel;
que la zuerte que mespera
de tus labios quiēo zabé. —
Tú tan zolo me lo irás...
Jezucristo... ¡y con qué zal!...
¡Ven acá!...
Y las rayaz e mi mano
contarás.

GITANA.

¡Ay Jezú!... ¡y qué aflejío
que diquelo á zu mersé!...

Quien le enturbia azí el sentío,
cara e roza, bien lo sé.
¡Ay! le voy á revelá
lo que luego le ha e pazá...
vamo ayá...
Y eza mano, zalerozo,
venga acá.

MAJO.

Ahí la tienes... ¡qué agonía!
Ezas rayas mira bien,
y echa el resto, reina mia,
de toitico tu zabé.
Zi lo jases, yevarás
un güen premio... porque está
á errochar
las riquesas, esta mano
acostumbrá.

GITANA.

Zu mersé es muy esdichao
porque quiere á una mugé...
y un espresio está marcao
en la mano e zu mersé.
Tamien veo aqui un rival
que á la postre ze ha e yevá
á zu já,

y eya aluego zus locuras
yorará.

MAJO.

¡Qué manunsias!... ¡Jezú mio!
¿mas esgrasia puée habé?
¡Ay!... el pecho m'has partio
con las cozas que aqui ves!
¡Un espresio... y un rival!...
¡Cáyate, no me igas mas!
¡Vete ya!...
Y esta mano al mesmo tiempo
cortalá...

GITANA.

No jeñó; porque con eya
osté ze remediará.
¡Cortala!... vaya... ¿y por qué,
zi no es osté criminal?
¿Acazo zin eza jembra
no puée habé felisiá?
¿No ve zu mersé esta raya
que está serca del pulgar?...
pue jesta dice «*fortuna:*»
y esta que está mas acá
«*amores correspondíos...*»
y que mu presto vendrán

zu corason y zu alma
enteramente á ocupar.
Váyaze osté por el mundo,
que azí calmará zu afan:
y á pocos pazos que dé,
una *Roza* encontrará
mas pura y maz oloroza
que la que está en el rozal.
Váyase osté, cuerpo airozo,
que no pueo esirle mas...
y busque osté zu fortuna
por la verita e la mar.

MAJO.

¡Gitana!... m'has conzolao,
y juro por esta crus,
que zi no es por tí, ya iba
caminando al ataú.
A Dios, gitana; tú tienes
toã la zal e Jezús...
él quiera que la conserves
y te dé mucha zalú...
A Dios, que voy por la *Roza*
que envidia el zuelo andaluz.

❋

La venta del jaco.

Es la feria de Mairena,
y ya se eleva el confuso
hirviente, sordo rumor
de aquel portentoso mundo
que se revuelve en la vega
girando siempre en tumulto.
Es bello ver desde un cerro
tan animado concurso
que bulle, canta, alborota,
y delira cual ninguno
haciendo trueques y ventas,

promesas, y engaños muchos,
sin que haya en unos cautela
ni en los otros disimulo.
Y en tan colosal estruendo
oir el amante arrullo
del galan que en la ciudad
tal vez asediaba á un muro...
y acaso el aire del campo
le alcanza lo que él no pudo.—
Y todo aquesto á la vez,
y todo en breves minutos,
y alegres, desordenados
desde el primero hasta el último,
divierte de tal manera
al que contempla en conjunto
ya en la altura los ganados,
ya en la llanura los frutos,
y en ruidosa bacanal
girando do quiera el vulgo,
que piensa que está en Oriente
y en algun mercado turco.—
Y vense tambien alli
los por demas siempre chuscos,
hijos sin par de Triana,
en el decir tan agudos
y en embaucar tan mañosos
como en la color oscuros.—
Hélos alli infatigables
nunca faltos de recursos,

charlando como ellos solos
entre ganados sin número,
elevando hasta las nubes
ya la casta de los unos,
ya la bondad de los otros...
y en medio de todo, astutos
aprovechar la ocasion
y hacer pasar sin escrúpulo,
como si fuera un *babieca*,
á algun macilento rúcio.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Zu mersé mire eza piesa...
¡ este ez un bicho mu fierò !
¿ y esta cola ? ¿ y la cabesa ?
vamo... zi no tiene pero.
¿ Puez y lo zojos ?... ¡ no ez ná !...
zon senteyas... ¡ no hay mas ver !...
miusté ; con eza mirá
está isiendo zu poer.
¿ Y los *piños* ?... ¡ Jezucristo !
zon mas blancos que el *marfin*...
y enjamáz aqui za visto . . . .
un jaco con tanta *clin*. . . . .
¿ Lo quié usté ve caminá ?

lo mezmo zale que un taco...
¡Jé!... ¡Canina!... ven acá...
encarámate en el jaco;
y yévalo recogío
hásia el camino e zan Roque...
¡Corto!... Canina, hijo mio...
y cudiao no te zesboque.

¿Lo vousté? ¡Juy... qué pujansa!...
es lo mejó que tenemos...
ni el mesmo viento lo alcansa...
¡Zi zon muncho aqueyos remos!
Ahora e mano cambió...
vea lusté... ¡qué gayardía!...
¡Alabao zea el Zeñó,
que tales fortunas cria!
¡Canina!... ¡pára! al avío;
arrepare osté qué piel...
Vamo, zi quié usté ir zervío
no hay mas que quearze con él.

. . . .

. . . .

¿Que cuánto?... bien vale... azí
Dios ze olvie e mis pecaos,
lo mesmo que un maavei...
zobre tresientos ducaos.

. . . .

. . . .

¡Qué ha e ze mucho!... ¿no vusté

que eze potro ez una fiera?
¡Por zan Juan! —¿Osté no ve
que ez e la casta e *Valera?*
Y que ze bebe los vientos,
y que los sielos escala...
vaya... vengan los dosientos
y pague osté la alcabala.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

¡Ze acabó; no hay mas que hablá!...
Zi osté ez el amo, on Jozé...
¡Luseriyo!... ¡paza ayá!...
¡Qué bicho ze yeva osté!!!...
¡Qué animal!... ¡vaya unas manos!...
que las jan pintao parese...
¡Jay!... ¡antez e zapartanos
éjeme usté que lo beze!
¡Lusero, mantente tiezo!...
Anda vete, probecico,
y toma mi último bezo...
¡Várgame Dios, qué jocico!
Zeñó on Jozé, no pueo má...
¡llévelo usté, por Jezú!...
que no lo güelva á mirá...
¡gástelo usté con zalú!

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

...Canina... arrímate acá.
Ya lo ves, pazó el potriyo;
juerza el mojalo zerá;
con que vamo al ventorriyo.
Güen golpe, ¿es verdá, chorré?
y en zeguro lo hemos dao...
¡Várgame Dios, lo que pué
con los jacoz el *zalvao;*
y el güen hombre no ha alvertío...
¡zi ez esto una maraviya!,
que el peyejo está cosío
maz acá e la paletiya.
Ni que la *clin*, ni la cola,
ni los *piños*, zon verdá...
¡Canina! con mi parola
tó ze lo jize tragá.
¡Jezucristo!... ¡vaya un topo!...
no ze yeva mala ardiya...

¡Ja, ja!... Dios jaga que el jopo
ze le tenga hasta Zeviya.

Y pues que tantos ducaos
al fin nos valió el potriyo,
¡Chavó!... con nuestros pecaos
vámonoz al ventorriyo.

EL VANDOLERO.

Pase la luz y la impaciencia mia,
venga la noche en su lugar aqui:
llame quien quiera bienhechor al dia,
yo quiero sombra, oscuridad sin fin.

Errante por los cerros,
errante en la llanura,
me lleva la ventura
sin término tal vez.
En cambio, rey me llaman
del bosque y del camino...

si es este mi destino
contento estoy con él.

Pase la luz etc.

Al noble, al opulento
el paso les disputo,
y al fin pagan tributo
si cruzan por aqui.
Y todos me hacen rico,
yo venzo al mas valiente,
tan solo el indigente
amparo encuentra en mí.

Pase la luz etc.

Con mano generosa
reparto mi riqueza;
respeto la belleza
si implora mi poder.
Pues soy, por honra mia,
errante vandolero
que solo de ella quiero
me quiera bien á bien.

Pase la luz etc.

Venid á mi caverna,
vereis alli un tesoro;

rodando tengo el oro,
de perlas tengo un mar.
Y tanta maravilla,
tan rica y esplendente,
con ánimo valiente
hallé en la oscuridad.

Pase la luz etc.

¿Qué importa que á mi vida
el fin alguien procure?
¿Qué importa? mientras dure
tendré plata y salud.
Gocemos entre tanto
que sigue su carrera,
y luego... cuando quiera
que venga el ataud.

Pase la luz y la impaciencia mia,
venga la noche en su lugar aqui:
llame quien quiera bienhechor al dia,
yo quiero sombra, oscuridad sin fin.



Despedida de un triste.

Yo zoy el que en otro tiempo,
con mas poër y fortuna,
zarrimaba á tus ventanas
tan zolo por verte, Curra.
Yo zoy el esventurao
que en mitá e la noche oscura
venia elante tus puertas
á cantá y á darte múzica.
Aquel que siego damores,
zin jasé cazo e la yuvia
pazaba la noche entera

velando tu jermozura.
El que, en fin, limpió tu caye
de ezoz amantes de chusma,
porque te oyó ecí una ves
«eza gente me repuna.»
Yo lo jice; yo fuí zolo
el que, con esgrasia muncha,
pa merecete mejó
corrió tantaz aventuras.
El que por tu cauza estuvo
con tóos en abierta lucha,
y el que mil veses echó
á tus plantas zu fortuna.
Y tantas penas y olores,
tantos trabajoz y angustias,
entonses yo los trocaba
por una zonriza tuya.
Pero entonses no penzé
que jueras, como hoy, tan... surda,
ni que diñaras lo mio
ejándome á mi en ayunas.
Entonses yo no creia
en que volaban las brujas,
pero ya lo voy creyendo,
y tamien que tú erez una.
¿Qué haz hecho de mi zuspiros?
¿taz olvidao cuando mustia
me jurabaz en la reja
no jaserme trampas nunca?

¡Jay... várgame Dioz!... Entonses
estaba yo tan ascuras
que no puē figurame
que azí mengañaras, Curra.
Ahora que te conojo,
y ya no me quea dua
e que e tan estremo amó
jasiendo estuvites burla;
ahora que zé tus mañas
y tamien tu ezenvoltura,
y que erez y ziempre has zio
mala jembra y peor chula,
bien pudiera en ezagravio
agarrate por la nuca
y pegate á la paer
lo mesmo que una aleluya.
Bien pudiera haserte ahora
aprendé, con una surra,
el móo de tratá la gente
que yeva intensiones puras...
Pero no tengas cudiao;
no tengas mieo á mi furia...
¿estás?... porque lo que quiero
es zolo espresiarte, Curra.
Espresiarte... ¿haz entendío?
no tacoquines ni aturdas,
porque en verdá, tú no tienes
deste lanse toa la culpa.
No, niña; la tengo yo...

por la luz que noz alumbra,
¡yo!... porque puze los ojos
en tan probe criatura.
Anda con Dioz, y él te dé
la reçompenza mas justa...
la que tan zolo meresen
las jembras que zon astutas.
Anda con Dios, macarena,
y zigue metiendo buya,
que al cabo tú pararás
como paran otras muchas,
que yo pa ziempre me najo
á buscá mejor fortuna,
y jamás golveré á verte...
azí un divel me confunda.

No mas que un favó te pio
en grasia e tanta cordura...
y es que no mientes mi nombre
ni tacuerdez e mí nunca.

EL BOLERO.

¿Por qué no venís, mosuelas,
á miz amantes clamores?
¡Vení! y aqui entre las flores
repicá las castañuelas
y hasé con los pies primores.

¡Juy... gloria el mundo!... ¡zalero,
de la gente mas bisarra!...
¡veni!... que cantando espero
pa que baileiz el bolero
al compaz é mi guitarra.

¡Dioz os bendiga, miz ojos!
¡A Dios, Curra!... bien manejas

eze garbo. ¡Ajuera viejas!
¡Niñaz! ejá loz antojos
al escogé las parejas.

Sí, porque e fiesta es el dia
como lo jué tos loz años,
y aqui ebemoz á porfia
en vez e tené regaños
tené bailando alegría.

¡Y viva! ¡viva el zalero!
que no haya, por Dios, quimera,
que está aqui *Pepe Romero*.
¡Vaya! ponese en primera
por ze empiesa el bolero.

A la luz e unoz ojos
que me iluminan
miz amantes quereyas
tristes caminan.
Y por costumbre
ze güelven aonde miran
zu viva lumbre.

—¡Bien cantao, sandunguero!
—Mejor tú, Curra: ¡mi luz!...
Al mirate el mundo entero,
envidia al zuelo andaluz
cuando bailas tú el bolero.

—¡Zigue!...

—*Pepe*, ¡otra copliya!

—Zí jeñó, ¿pus por qué no?
Zi la gente aqui e Zeviya
es la otava maraviya...
¡vaya!... ¡bonito zoy yo!...

Cuando escuchas mis coplas
al zer e dia,
ze le isipan las zombras
al alma mia;
mas zi me dejas,
güelve á serrá la noche
e mis zospechas.

—¡Uy... Curra!... con eza güelta
no he visto ná... ¡Jezucristo!
—¿Qué has visto?

—Ya estás agsuelta.

—No tengas la lengua zuelta...
—¡Zi te digo que na he visto!...
—Zigue, mi Pepe, cantando.
—¡Pus zi por eyo me muero!...
por verte, Curra... trensando
mestuviera yo entonando
hasta la muerte el bolero.

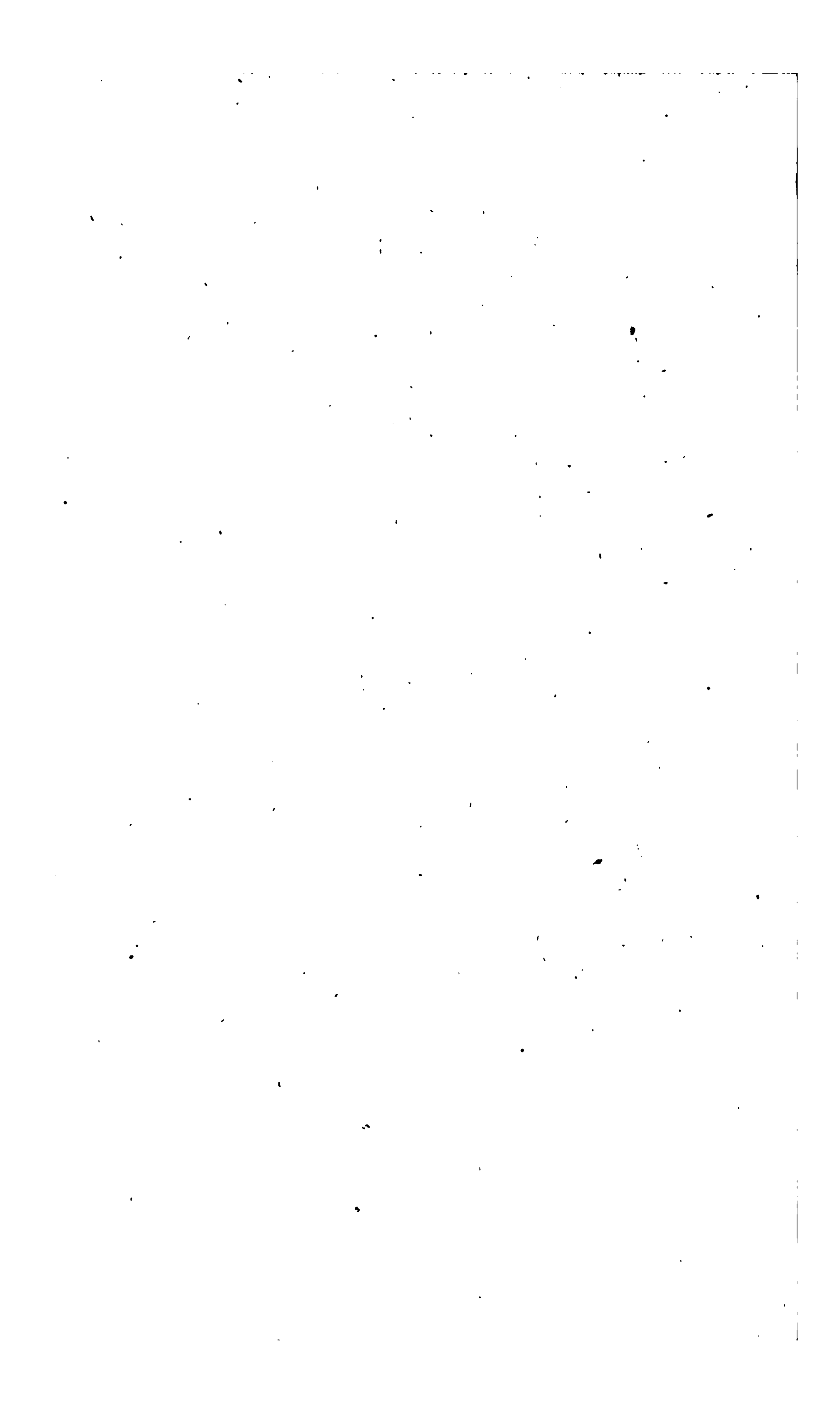
Cuando pazo y te miro
en la ventana,
me parese cazoma

ya la mañana.
Máserco, y luego
á la luz e tus ojos
me queo ciego.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

—¿Ezas coplas aonde van?
—Y qué ze le importa á osté.
—Me importa.
—¿Pero y por qué?
—Porque zí.
—Cantá jestan,
y aonde van, no lo iré.
—¡Yaya!... á garlame mu presto
aonde van ezos cantares...
que ya ze me amosca el gesto.
—Pues mire osté que echo el resto
y ze regüelven los mares.
—¡Osté es un tal!...
—Y osté un cual.
—Pues tireze osté aqui ajuera.
—¡Periquiyo!...
—¡Éjame!
—¡Espera!
—¡Romero!!

—¡Apartaze!... mal
le va á zalí la quimera.
—¿Lo garla osté?
—No jeñó.
—Pues muere, infelis...
—No quiero...
eza te güelvo, primó...
—¡Ay!!...
—¿Cayó?
—Zí; lo mejó
zerá que acabe el bolero.
—¡Azi á lo jombres yo zurro!
y porque el alma no espache,
cudiar vozotras al Curro;
y á Dios queá, que me escurro
hásia zan Juan de Alfarache.



QUIEN MAL ANDA, MAL ACABA.

I.

—«No hablemos ya mas palabra;
Pepiya, cudiao con eya;
que no güelva yo á zaber
que pazas la noche entera
platicando con un hombre
que... zabe Dios lo que intenta.
Ya man dicho que ze mueve
por juera mas duna lengua,
y eso, muchacha, á nenguno
e los dos nos tiene cuenta.
Mañana Julian Ramires
viene aqui dende Antequera,

y viene... ¿lo haz olvidao?
á reclamá mi promeza.
Bien lo zabes; jase un mes
que conzentitez en eya,
y zin rason ni motivo
no está bien que atrás te güelvas.
Julian me pidió tu mano,
y tú, en fin, me istez lisensia
pa entregásela á Julian
cómo, y cuando yo quisiera.
Fijé el plaso, y él ze jué...
y tú zin temó ni pena
con otro tratas damores
mientras Julian da la vuelta.
¡Vaya una güena partía!
¡Várgame Dios qué mosuelas!
¡Por ezo lo jombres zon
tan maloz en esta tierra!
¡Pepiya!... ¿ma jentendío?
á ver cómo te gobiernas:
mañana irás con Julian
zin farta alguna á la iglezia,
y... el Zeñó te ampare espues...
pero antes, cudiao con eya.»—

Asi el honrado Blas Ruiz,
que como honrado aconseja,
de esta manera decia
á su hija la linda Pepa;

y para darle sin duda
á sus razones mas fuerza,
miró á la niña al soslayo,
fruncidas entrambas cejas,
tosió, escupió, y al salir
cerró de golpe la puerta.

¡Pobre chica! ¡tan donosa
y en una edad tan temprana,
no quieren que á la ventana
salga á mostrarse galana
siendo tan niña y hermosa!
No quieren calme su afan
el acento misterioso
de un galan tierno, amoroso,
porque diz que es peligroso
oir de noche á un galan.
No quieren, porque mañana
Julian Ramirez vendrá
y el plazo se cumplirá,
y con él se casará
de buena ó de mala gana.
Y si antes algunos ven
que tiene con otro amores,

habrá en el barrio rumores,
y dirán que hubo favores
y que hubo errores tambien.
Y entonces Julian dirá
que ya el casarse le empacha
con muger que tiene tacha...
y el honor de la muchacha
sabe Dios cómo andará.
Por eso con tanto afan
huir de tan grave afrenta
el honrado Blas intenta,
y porque le tiene cuenta
el casarla con Julian.
Pero ella es tan inocente
que ignora qué son favores,
ni sabe qué son errores,
pues solo entiende de amores
y ante ellos dobla su frente.
No sabe mas que querer,
y querer con demasía...
con la ciega idolatría
que quiere en Andalucía,
cuando quiere, la muger.
¿Qué importa? Si al buen Julian
su padre la prometió,
¿por qué Julian se marchó?
Ella dijo: ¿qué hago yo?
¿he de estarme sin galan?
No, ¿por qué? y compuso el gesto,

y de sus hechizos vana,
linda salió á la ventana,
y otro en aquella mañana
de Julian ocupó el puesto.

Amante tiene la niña,
y no es facil declarar
si con tomar otro dueño
hizo Pepa bien ó mal.
Como muger de conciencia
y sana moralidad,
que no hizo bien, desde luego
cualquiera conocerá.
Como niña veleidosa,
inocentuela y locuaz,
razones tiene tambien
que prueban que no hizo mal.
Pero nada importa ahora
el mal ó el bien declarar;
sigamos con nuestro cuento,
que á la postre se sabrá.
A las que guste Pepilla
bien la pueden imitar;
á las que no, cuidadosas

imitarla evitarán.
Es lo cierto, que entre tanto
está por allá Julian,
ella sin pesar ninguno
se enamoró por acá.
Y es preciso disculparla,
porque es el nuevo galan
aventajado entre todos
y de enloquecer capaz.
Jaime dicen que se llama,
y nadie dél sabe mas,
porque cubre sus acciones
la mas densa oscuridad.
De dia ningun curioso
jamas le pudo encontrar;
de noche, dadas las doce,
cuando todo en calma está,
Revuelto en su negra capa,
sobre un soberbio alazan,
entrar algunos le han visto
al escape en la ciudad.
Y despues antes que el dia
vierta su luz matinal
marcando los horizontes
con dudosa claridad,
Otra vez han visto á Jaime
veloz la ciudad dejar,
rasgando las sombras débiles
con su valiente alazan..

Esto solo es lo que han visto
y lo que saben los mas;
los mozos dicen «veremos,»
y las mozas «¿quién será?»
Muy cuidadosas las tiene
de Jaime el misterio asaz,
y cada cual se alegrara
de tenerle por galan.
«¿Zi zerá contrabandista?
¿zerá zeñor prensipal?
¿bandío?... ¿acaso hechisero?...
¿quién lo zabe? ¿qué zerá?»
Y en tanto los pobres mozos
de celos bramando estan,
y cada cual en silencio
se está dando á Barrabás.
Pero ninguno se atreve
á dar fin á su ansiedad,
saliendo de Jaime al paso
diciéndole: «¡quién va allá!»
Porque á la luz de la luna
alguno le vió la faz,
y por ella han deducido
que es hombre de armas tomar.
Y todo son juramentos,
y protestas... de que al tal...
¡por vïa del que ató á Cristo!!...
puntos... y vuelta á jurar.
Y mientras que todos juran

y se dan á Barrabás,
revuelto en su negra capa
entra Jaime en la ciudad.
Sale de ella antes del alba,
y á la noche vuelve á entrar
sentado sobre los lomos
de su gallardo alazan.

Pero volvamos á Pepa,
despues que á su padre oyó,
porque es esto, pienso yo,
conveniente que se sepa.

Quedó sola en su mansion,
y en vez de soltar gemidos,
contar quiso los latidos
de su amante corazon.

Y aunque estaba tan inquieto
facil era descubrir
de aquel continuo latir
cuál era el único objeto.

No era miedo á su ofendido
buen padre, pues lo que habló
por un oido le entró
y salió por otro oido.

Ni tampoco el qué dirán
de su honor le desespera:
ni el que una lengua parlera
informe de ello á Julian.

Es muy distinta agonía
la que su pecho conoce...
eran ya dadas las doce
y su Jaime no venia.

El hombre que es su esperanza,
por el que amante delira,
y del que llora y suspira
la inoportuna tardanza.

¡Ah!... ¿cómo el tiempo invertir?...
porque la triste que espera
dice el refran... «desespera,»
y en ella se ve cumplir.

Claridad ve en su ventana,
y piensa... ¡negra fortuna!
que el reflejo de la luna
es la luz de la mañana.

Y la impaciente hermosura
se asoma con sus querellas,
y ve á las limpias estrellas
brillando en la noche oscura.

Su engaño no desconoce,
pero ella á su amante aguarda,
y mucho un amante tarda
si no viene, y son las doce.

Huye, y vuelve á la ventana;
atenta aplica el oido...
y ni una voz, ni un sonido;
todo es calma y sombra vana.

Y en la ventana á esperar
la triste al fin se resuelve...
mas nada escucha, y la vuelve
desesperada á cerrar.

¡Pobre Pepa! ¿Por tu amor
asi tan ardiente lloras?
¿Quién te ha dicho que las horas
llorando pasan mejor?

No te marchites asi;
y si admites un consejo,
tiende la vista á ese espejo
que está delante de tí.

Ese no sabe engañar,
y si lo miras llorosa,
te dirá que eres hermosa
y que no debes llorar.

Que tus ojos, que hasta aquí
fueron brillantes, serenos,
para llorar no son buenos,
para dar tormento, sí.

Que es mengua de una hermosura
por hombres... al fin ingratos,
pasar con tan malos ratos
luengas horas de amargura.

Pues las bellas ¡vive Dios!
deben, sin que las aqueje,
por cada cual que se aleje
en su lugar poner dos.

Que las que de amores lloran
pocas gracias atesoran,
y son, por esta razon,
muy tiernas de corazon
la vez que las enamoran.

Sí, Pepa; aquesto que arguyo
ese cristal te dirá,
pues siempre el espejo da
á cada cual lo que es suyo.

Y no parece sino
que Pepa admitió el consejo,
porque mirando al espejo
su angustioso afan calmó.

É insensibles se secaron,
al ahuyentar los enojos,
las lágrimas que sus ojos
apasionados brotaron.

Y como el tierno capullo
de espinas armado está,
asi á Pepa armaron ya
las espinas del orgullo.

No hay que estrañarlo en Pepilla,
pues aunque no es consecuente
dicho está que es inocente,
y como muchas sencilla.

Por eso al paso que templa
sus amorosos dolores,
adorna el seno con flores
y sus hechizos contempla.

Con cándida admiracion
observa su estrecho talle...
y en esto sonó en la calle
por lo bajo una cancion.

«¡Hola!... dijo, ¡ezelI!.. mas no;
ya que *ezesperá* me quiere,
que espere el cantor, que espere,
que bastante he esperao yo.»

Pero la cancion seguia
lánguida, tierna, amorosa...
y cada vez mas la hermosa
hacerse esperar sentia.

Y fue su venganza vana,
pues tan poco resistió,
que al punto impaciente abrió
de par en par la ventana.

—¡Pepiya!...
—¡Caya, arrastrao!...
que me tienes conzumía.
¿De ónde vienez á estas horas?
—Zi zon las dose...
—¡Mentira!
¡Las dose... zí! ¿e qué reló?
—Del reló e los carmelitas.
¿Por qué es la toná, zalero?
—Porque tienes una crisma...
—¡Prinsesa, con eze tono
el corason macribiyas!
Vamoz á ver; ¿qué ha pazao?
¿por qué estás tan ofendía?

Yo zoy tu Jaime; ezembucha
la pena que te engoyipa:
¡presto! que está mi concensia
daberte enojao tranquila...
Contesta, Zerafin...
—¡Ay!...
—¿Qué e jezo, Pepa, zuspiras?
—Y yoro tamien...
—Por Cristo,
que hoy estáz esconosía.
¿A qué vienen ezas lágrimas?
¿por qué zin rason tagitas?
—Porque el Zeñó me echó al mundo
pa zé de mi zuerte vítima.
—Estando Jaime en la tierra,
¿tú vítima, Pepa mia?
¡Jay! ¡qué poco me conoses!
¿No zabes tú, claveyina,
que zolo por tí rezueyo?
¿qué tú eres mi zol, mi via?
—¡Ay Jaime! no me enamores,
porque azí me martirisas.
Cáyate... zí; y Dios te pague...
lo que ya no pué Pepiya.
—¡Nuestra Zeñá del Conzuelo
en tal trabajo mazista!
¿Estás tocando el violon?
De anoche acá... ¡tan estinta!...
tú yoras... y das zuspiros...

aqui hay embroyo... ¡por via!...
Pepa, vamos, ¿qué ha zio ezo?
anda, cuéntamelo, apriza...
—Esta noche debe... ¡ay Jaime!
dempezá nuestra espedía!...
—Por los zagraos apóstoles
que no te entiendo, ni pisca.
Habla mas claro; ¿aónde vas?
¡porque echando estoy ya chispas!
—Mañana á la iglezia voy.
—¿Y qué? tamien yo oigo miza.
—Es que yo voy á otra coza:
primero á la zacrestía...
y luego...
—¿Qué?...
—¿No me entiendes?
—¿Vaz á zervir de mairina?
—No, Jaime; voy á cazame...
—¡A cazate!... ¡Zanta Rita!
¡Mas clavao en lo mas vivo
del corazon eza espina!

Y sin esperanza alguna
ella quedó suspirando,
y él un medio meditando
para vencer la fortuna.
Sin duda el camino halló,
no se sabe por qué senda,

es lo cierto, que á su prenda
de este modo á hablar volvió.

—Pepa.
—¿Qué?
—¿Con que te cazas?
—Azí la zuerte enemiga
lo quiere...
—Y di, ¿quién ez él?
—No lo conoses...
—¡Pepiya!...
¿y tú te cazas á gusto?
—¡Vaya una pregunta fina!
¿No ves correr estas lágrimas?
¿no me ves que estoy perdia
e pena? pues zi esto ves,
di, Jaime, ¿qué zinifica?
—¡Es verdá, no hablemos mas!...
eyas mis male jalivian...
¿Tienes corason? di, Pepa,
¿te atreves á no zé vítima?
—¿Cómo?
—Juyendo conmigo.
—¡Contigo... no!... ¡Animas mias!
¿qué zerá luego e mi *pae*
cuando se escape zu hija?
—Y di; ¿e Jaime qué zerá
cuando ze caze Pepiya?...
E Jaime, que zolo vive,

que zolo por ti respira,
en la tierra abandonao
zin mas gloria que tu riza...
Tu pae ze conzolará,
pues ziempre tiene una hija;
pero á Jaime, ¿qué le quea...
zino zu zuerte mardita?...
—¿Te gusta el atormentame?
—Y bien, Pepa, ¿te eterminas?
—¡Ay, Jaime!...
—Vamos, por dicho.
A Dios, lusero, que el dia
á azomase va mu presto.
Rezístete zi te ostigan,
que yo mañana vendré
con mi yegua pelegrina,
y luego el zol nos verá
traspuniendo ezas colinas.
—A Dios, Jaime, que no faltes...
—¡El sielo no lo premita!
los dos, los dos nos juiremos:
e naide zerás, Pepiya...
e naide, Jaime lo jura,
y zi en eyo va mentira,
que en zus horas postrimeras
le farte María Zantízima.

Y marchó calle adelante,

cerró Pepa la ventana,
y luego desde una esquina
asomó un hombre la cara.
Estuvo observando un rato,
y cuando ya solitaria
quedó del todo la calle,
salió diciendo: —«Pues vaya,
de bastante ma zervío
esta noche aconzejala.
Muy bien disen en el barrio
que está suelta la muchacha,
y es menesté, porque cayen,
un poco mas corto atala.»
Y en esto abriendo una puerta
entró de Pepa en la casa,
embozado hasta los ojos
murmurando estas palabras.
—«Eze mozo e jun perdío,
y aunque eya no e juna zanta,
veremos, peze á los dos,
zi ze caza ó no ze caza.



II.

La luz de la blanca aurora
apenas rasga las nubes
que de Antequera en la Sierra
se agolpan y se confunden,
y á la escasa claridad
que baja desde su cumbre,
se ve en la escabrosa falda
un bosque medroso, lúgubre,
de almendros y negros álamos,
con cuyo ramaje encubre
á los que por *mal vivir*
con ansia á su fondo acuden.
En él encuentran asilo
los que criminales huyen
venganzas de la justicia,
y quedan al fin impunes.
¡Ay de aquel que confiado

en su corazon, procure
cruzar por su negro centro!
No faltará quien le apunte
á dos pasos con la muerte,
y tambien quien le sepulte.
Que en él la gente sin alma
como un hormiguero bulle,
y sus revueltas veredas
tan solo á morir conducen.

Estaban á la sazon
en este intrincado infierno
diez hombres ó bien diez diablos
cetrinos, torvos, siniestros,
y cuyo semblante hacia
revelacion de sus hechos.
Hasta los ojos, calado,
todos tienen el sombrero.
la vista fija en un punto,
y comprimido el aliento:
en sus mantas jerezanas
todos estan medio envueltos,
y por debajo el embozo,
como fatídico agüero
asóman su abierta boca
los trabucos naranjeros.

Si el lector no ha comprendido
de estos mozos el intento,

en breve, yo me figuro,
que se lo revelen ellos.

Inmobles, irresolutos,
impacientes, de mal gesto
hacia un rato que estaban
fijos mirando á un sendero,
por el cual sin duda alguna
esperaban á un objeto.
Mas nadie cruza la senda,
y al cabo de todo viendo
que nada al cabo veían,
ni se escuchaba otro estruendo
que el del aire, al estrellarse
en los robustos almendros,
apurada la paciencia,
un golpe dando en el suelo
unos y otros poco á poco
fueron rompiendo el silencio.
—Pues no viene.
—Y es verdá.
—Y va aclarando...
—¿Y qué hasemo?
—¡Rabiá!... compae, que no es poco.
—Es verdá, ya estaba en ezo.
—Ez el cazo que eza gente
tal vez pazará mu presto,
y nojotros...
—¡Por via e Jaime!...

Zi yo ze lo estaba isiendo.
Mala hora e Dios le coja
á zu amor, y á zu... ¡reniego!...
—¡Qué!... ¿zon amores no mas?...
—Ná má; puez eze ez el cuento;
una mosa malagueña
de güen taye y ojos negros,
que en el barrio e Capuchinos
le tiene zorbío el zezo.
—Por eya ze habrá orvidao
de zus probes compañeros...
—Por eya una güena preza
ze escurre de entre los deos...
—¿Ze escurre?
—Pues claro está.
—Nojotros zolos zaldremos...
—¿Y zin Jaime?
—No que no:
—¿Y quién irá al frente nuestro?
¿quién como Jaime zabrá
mirá por zus compañeros?
¿y quién pa dá bien un golpe
e Jaime tiene el asierto?
—¡Yo!... ¡yo zolo!!... gritó al punto
con bronco y horrible acento
uno de los mas feroces
y de rostro mas siniestro.
—¡Yo, yo!... que soy zu tiniente,
y detrá dél, el primero.

¡Yo!... ¡que tengo maz agayas
que un tiburon!... ¡Cabayeros!...
zi hay alguien que no lo crea,
que zalte aqui, y nos veremos.

Y en esto sonó un silbido
y todos se estremecieron,
y poco despues un hombre
entró en el bosque.
—¿Qué ez ezo!
—Ahi estan.
—¡Puez á cabayo,
gritó el teniente, y á eyos!
—¡A eyos!... (dijeron todos):
no está Jaime... ¡qué remedio!...
¡Ay!... el Cristo e Zamarriya
mo zaque en bien de este encuentro.

Y ya todos á caballo,
y á todo tambien resueltos,
hácia el cercano camino
á rienda suelta salieron.

—¡Muchos zon!
—Sierto.

—¿Y nojotros?
—Ocho... dies... jonse...
—¿Qué importa?
á dos zalimos cáa cuál...
vamos; manoz á la obra.
—Es que Jaime...
—¡Bien, zoniche!...
aqui estoy yo, Jaime zobra. . .
—Pero...
—¡Aelante!...
—¡Noz han visto!
—Mejor nos verán ahora.
—Muchos zon...
—Zalimos mal.
—Cabayeros, punto en boca.
—¿No es mejor que loz ejemos?
—¡Qué ez ejá! ¡Por Zanta Mónica,
que al que no avanse lo envio
con el trabuco á la gloria!...

Y todos á la vez como lebreles
del escabroso monte descendieron,
y á la voz de su dueño humildes, fieles,
sobre la presa con furor cayeron.

Empéñase la lid; la muerte alada
en uno y otro bando se detiene,
y en uno y otro bando, alborozada
tristes despojos en su honor previene.

«¡Vamos, valientes!» grita el bandolero;
«¡soltá de los trabucos la metraya!
¡Aelante!... ¡y no cejá, zin que primero
yevemoz el botin de la bataya!...»

«Que no se escape de morir ninguno,»
dijeron á su vez los perseguidos,
«sus miembros destrozados uno á uno
de ejemplo servirán á otros bandidos.»

Y tal es siempre para mas desdoro
la miserable condicion humana;
guardar y arrebatar montes de oro
que estrecha cuenta exigirán mañana.

Y allí se desordenan
y todo es confusion.
Botin, tesoros buscan
los unos con ardor:
los otros, mas que darlos
darán el corazon.
Ninguno de ellos cede
la tierra que ganó;
el fuego, el hierro solos

alli argumentos son.
Revuélvense en el polvo,
y en medio del fragor
de la hórrida pelea
escúchase la voz
de aquel que moribundo
demanda compasion.
¿Por qué es ese combate?
¿por qué tanto furor?...
¡Maldita sed del oro!
¡Fatal, torpe ambicion!

«¡Ay Jaime! ¿Aónde te ocultas?
¿por qué no estáz aqui?...»
dijeron los bandidos
derrotados por fin.
«Zi tú al frente estuvieras...

Y en esto, con gentil,
gallardo continente,
un hombre llegó alli.
Al verle, entusiasmados
volviéronse á reunir...
«¡Aelante! ¡cruja el fuego!
¡aqui está Jaime, aqui!
que viene con vozotros

al menoz á morir.
¡Aelante!... ¡y arda Troya!
venise etraz e mí...
¿pa qué zirve la via?
¡muchachos... al botin!...»

Pero fue inútil su afan,
inútiles sus esfuerzos,
porque al envestir, cayó
herido Jaime en el suelo;
y al verse desamparados
é igual destino temiendo,
huyeron á la montaña
de Jaime los compañeros.
Él fue el único despojo
de aquellos que le vencieron:
vendáronle las heridas,
y todo ya en orden puesto
lleváronle al Colmenar,
donde lo dejaron preso,
y encargada la justicia
de enviar á Málaga al reo
tan luego como estuviera
bien sustanciado el proceso.

—No maz esperar, Pepiya;
hoy mesmo taz e casar,
pus ya me fartan palabras
pa contestalé á Julian.
—¿Tan presto, zeñó?
—¿Tan presto?
¡pus me gusta la toná!
¡muchacha!... catorse dias
hoy mesmo á cumplize van,
que por tu cauza, zin causa
el novio esperando está.
Pepa mia, ¿en qué conziste
tal muansa?... ¡Voto á zan!...
¿á qué zon tantaz escusas?
¿tantos plasos...
—¡Ay!... ¡Por ná!
—Por ná, ya ze ve, lo creo;
tú zana y rebusta estás,
tan zolo po algun capricho...

que hoy mesmo sá de acabar.
—¡Zeñó!...
—¡Niña! ¿haz olvidao
que está mi palabra da?
¿quieres que tenga un zentí
zi lo conose Julian?
¿Quieres que tu padre zea
la irrizion e la siudá?...
—No zeñó...
—Pus juera el mieo.
Ya te puées aparejar,
y vámonoz á la iglezia;
Pepiya, vente á casá.

Miró Pepa á la ventana
y luego á su padre Blas,
y las lágrimas corrieron
por su macilenta faz.
—¿Qué e jezo, niña, qué e jezo?
¿por qué yoras?...
—¿Yo?... ¡por ná!
Le contestó la infeliz
con sarcástica humildad.
«Estoy *zana*, estoy *rebusta*...
yo no zé por qué zerá.»
Y dándole á Blas la mano
con triste conformidad,
se dirigió hácia la puerta
diciendo: «¡vamoz ayá!»

Y asi fue, porque salieron
afuera en comunidad
padrinos, novios, testigos,
el padre... y no sé quién mas.
La calle van adelante
y todos alegres van;
la novia... un poquillo triste
parece muestra la faz...
mas ¿qué importa?... será miedo...
vergüenza... ¡se va á casar!
Ni puede ser otra cosa,
porque, segun dice Blas,
está *zana*, está *rebusta*,
con que nada falta ya.
Pero ¿por qué la infeliz
el rostro vuelve hácia atrás?
Si nadie sigue tus pasos,
si todos contigo van,
¿esperas á algun objeto
que te arranque del altar?

¿ó te acuerdas de aquel Jaime
tan bizarro, tan galan,
del Jaime desamparado,
que catorce noches há
de venturosos placeres
te ofreció una eternidad?
Ya lo ves, el tiempo pasa...
¡á saber dónde estará!
te habrá olvidado... era hombre:
¡infames!... ¡oh!... ¡qué crueldad!
Si son los hombres raposas...
¡qué raposas!... mucho mas.
Cuando él no viene, está claro,
porque no quiere será:
¿podrá haber nada en el mundo
que se lo pueda estorbar?
Nada, Pepa: entra en el templo,
vuelve el rostro... ve á Julian,
que porque le des la mano
de gusto rabiando está:
decídete, que aun no sabe
por qué vas mirando atrás...
¡adentro!... Jaime no viene,
véngate, chica, y en paz.

Perdona, lector amado,
que de propia autoridad
suprima la descripcion
del santo ceremonial.
El casamiento de Pepa
casamiento fue vulgar,
y si acaso eres casado,
cómo aqui casan, sabrás.
Ademas, el cuento aqueste
tan largo haciéndose va,
que yo no sé si este cuento
será el de nunca acabar.
Baste saber que casada
á estas horas Pepa está,
y que á la puerta del templo
enhorabuenas le dan.
Muy contrita las recibe,
mas siente que es criminal,
que está casada en mal hora
por toda una eternidad.
Grandes fiestas le previenen,
y ¡cuánto se va á danzar!
y ¡cuánto la triste esposa
con las fiestas gozará!!!...
—¡Cabayeros!... hásia casa;
(gritó al fin el *compae Blas*)
los que esten aun en ayunas
que vengan y almorsarán.
—¡Corriente!... (dijeron todos):

¿quién tal coza ha despresiar?
¡Juy!!... por la zalú e los novios!...
— ¡Zoniche!...
—Vamo jayá.

¿Mas qué confuso tropel
por allí llega á asomar?
¿Por qué apresurado corre
el populacho detras?
¿Qué es ello? ¿qué cosa traen?
Las armas se ven brillar...
y un hombre atadas las manos...
¡es un preso!... ¿y quién será?
Pero ¡ay! se hallaron los ojos
del preso y Pepa á la par...
y como herida de un rayo
con hondo, angustioso afan,
rodó Pepa por el suelo
cadavérica, mortal.
Y el preso se estremeció,
tornóse horrible su faz,
sacudió las ligaduras...
mas ¡ay! tan dobles estan,
que cuanto mas las sacude
ellas le sujetan mas.
Brotaron sangre sus manos,
y con sonrisa infernal
miró de sus rotas venas
hirviente el humor manar.

¡Pobre Jaime! sigue, sigue,
¡desventurado galan!
No te pares, que tus guardas
te tratarán sin piedad,
y esas horribles angustias
ninguno comprenderá.
Vete á cumplir tu destino,
que por cierto es bien fatal,
camina, infeliz amante,
sin volver el rostro atrás.

Y luego, casi sin vida,
á la esposa de Julian
á casa de su buen padre
la volvieron á llevar.
—¡No taflijas, yerno mio!
un esmayo... ezo no es ná;
en tomando un piscolavis
ze le quita... ya verás.
Con el jeor de la cera...
y en ayunas... ¡claro está!

Y Jaime tambien siguió
hácia la *Plaza Real*,
brotaron sus ojos lágrimas,
y aunque se volvió á mirar...
solo vió en todo el camino
al populacho detras.

Han trascurrido ocho dias
desque sucedió este lance,
y de los ocho, van dos
que está en la capilla Jaime.
Aunque de angustia y dolores
el corazon se le parte,
sufre, calla, y por demas
sereno muestra el semblante.
El recuerdo de la muerte
ni le aflije ni le abate,
ni piensa en la eternidad,
ni en los goces celestiales...
que el terrenal pensamiento
fijo tiene en otra parte.
Mucho llama su atencion,
y mucho á fé le distrae,
junto al techo, un agujero
ni bien chico, ni bien grande,
por donde entra audaz el viento

y *libre y sin costas* sale.
Hay una cuerda en el suelo,
con qué objeto no se sabe,
pero su estension contempla
con ávidos ojos Jaime.
¿Estará alli por descuido?
¿estará para salvarle?
¿ó será tal vez en ella
en donde la vida acabe?
Puede ser; pero entre tanto
él forma atrevidos planes,
y la cuerda y agujero
tan embebido le traen,
que apenas oye las voces
que da el fraile agonizante.

—Hijo, piensa en que mañana
dichosa, hendiendo los aires,
irá á los cielos tu alma
á unirse al Eterno Padre.
—Y dígame osté, pae cura,
¿ezo es dicha?
—¡La mas grande!
—Pus póngaze osté en mi puesto,
porque yo quió condename.
—No asi con tales delirios
de Dios la bondad ultrajes.
¡Alli está tu salvacion!...
El cielo sus puertas abre...

Y al alzar Jaime los ojos
adonde mostraba el fraile,
otra vez el agujero
llamó su atencion como antes.

—¿Con que por ayí me zalvo?
Pues venga eze Cristo, pae,
que una ves que osté lo quiere,
voy á ve zi pueo zalvame.
—Toma; confiesa tus culpas
ante su sagrada imagen...

Y no pudo decir mas,
porque al recibirlo Jaime,
un brazo del crucifijo
metió en la cabeza al fraile.
Y de crimen tan horrendo
no siendo testigo nadie,
tendió la mano sacrílega
à la cuerda, y al instante,
izándola hasta las vigas,
con vigor inesplicable
salió por la claraboya
valiéndose de tal arte
que acaso no tan veloz
hubiera salido el aire.
Ya no hay peligros para él,
ni nada que le acobarde,
y hará á cualquiera pedazos

si se le pone delante.
Los tejados recorrió,
y los muros de la carcel
pudo escalar con la cuerda,
y al fin descendió á la calle.

—«¡A Capuchinos!... murmura;
aqui la zombra mampare...
¡ay, Pepa! mal que te peze
veráz esta noche á Jaime.»

Y rápido discurrió
una calle y otra calle,
y al barrio de Capuchinos
llegó sin otro percance.
Despues llamó en una puerta,
y apenas esta se abre,
de admiracion aturdidos
esclamaron dentro:—¡Jaime!!
—¡Zilensio!... ¡venga un cabayo!...
—¿Cuál?
—El Galgo.
—Pero...
—¡Cayen!
—¿Libre?...
—Puée zer.
Y sin mas
volvió la puerta á cerrarse.

Como al salir de la iglesia
cayó Pepa desmayada,
y presa fue muchos dias
de las mas crueles ansias,
no ha podido celebrarse
con las fiestas de ordenanza
hasta esta noche la boda
que se quedó rezagada.
Por eso desde la calle
se escucha de las guitarras
el grato y acorde son,
las picarescas tonadas,
los gritos de los que incitan
á la voluptuosa danza,
y tanto, á fé, se divierten,
que debe de andar la jarra
de mano en mano llevando
el rico licor de Málaga.
Entremos á ver la fiesta,
lector, si el entrar te agrada,
y sino yo entraré solo,
porque estas fiestas me pasman.

¡Oh... cuánta vida se advierte,
y cuánta gente de chapa,
y cómo saltan y brincan,
y qué de polvo levantan!

Pero al través de esas nubes,
que pies y cigarros alzan,
no descubro á los esposos...
cómo es eso... ¿dónde se hallan?
Hay quien dice que Julian
con puntas de celos anda:
que le han contado en el barrio
de Pepilla cosas varias,
y que ha salido de ronda,
á ver si por dicha atrapa
á alguno que esté acechando
de su casa las ventanas.
Pero y Pepa, ¿dónde está?
¿en su cuarto? ¡qué muchacha!
Tan jóven, y huye el placer,
y el delirio de la danza...
¡Oh! sí, subamos á verla
para que vuelva á la sala.

Héla allí... ¿pero esa es Pepa?
¿es esa la flor lozana
que ayer olorosa y pura
con su matiz encantaba?
¿Qué padece esa infeliz?
¿por qué tan desencajada
de la ventana en el centro
la vista vívida clava?
¡Silencio!... ¡cuánto sufrir!...
¡Oh!... ¡vedla cómo insensata

ora el brillante cabello
con mano estúpida arranca!
Y no vienen en su amparo
los suspiros ni las lágrimas:
¡ay!... que estan sus ojos secos
y el corazon se le abrasa...
¡Pobre Pepa sin ventura!
¡tú fuiste al mundo lanzada
para comprender placeres
que sin gozarlos te matan!
Mas, ¿qué escuchas? ¿por qué ahora
tan de repente te paras,
y hasta el aliento comprimes
y quedas inmoble, estática?
¿Qué te importa ese rumor?
Es un caballo que escapa
y que por tu calle ahora
en alas del viento pasa.
¿Dónde vas?... ¡Pepa, detente!
no corras á la ventana...
pero ¡ay triste! ¡tu destino
sin piedad á ella te arrastra!
¡Al fin te asomaste, al fin!...
¿No adviertes, pobre muchacha,
que es al borde de un abismo
adonde estás asomada?

Paró el caballo, y despues
se oyeron estas palabras.

—¡Pepa!...
—¡Jaime!... Jaime mio...
¡qué quiés ya!!...
—¡Pepá e mi alma!...
¡Qué he e queré!... vengo á buscate,
á cumplite mi palabra...
—No, Jaime; juye... ¡ya es tarde!
¡déjame que ezesperáa
entre estas cuatro paeres
aguante y zufra mi esgracia!
—¡Lusero! ¿y no zabes tú
que yo vengo e mano armáa
rezuelto á morí mil veses
zi mi cariño rechazas?
—¡Vete!... ¡vete!... zoy perdía,
y tú tamien, zi no jayan...
—Pus vente, que aqui tespero...

Y al punto con arrogancia
sobre el caballo se alzó
hasta tocar la ventana.
—Dame eza mano... ¡eres mia!...
¡ya naide daqui tarranca!...
¡Pepiya! Dios ó el demonio
en este istante nos caza.
—¡Caya, por Dios!... ¡ay! ¡qué angustia!...
el corason ze me zalta...
—Zi no te vienez, oirás
presto doblar las campanas...

—¡Por quién, Jaime!...
—¿Haz escuchao?
tu padre dadrento yama
pa que güelvas á la fiesta...
—¡Qué horró!... las fuersas me fartan.
—¡Pepiya!.... que ya sacerca...
y zi otra vez nos zeparan,
con el freno e mi çabayo
majorco desta ventana.

Y era verdad, que muy cerca
de Blas los pasos sonaban,
y los amantes oían
cada vez la voz mas clara.
Moribunda estaba Pepa,
y al verla Jaime tan lánguida,
tendió los robustos brazos,
la arranca de la ventana,
y ciego de amor, la sienta
del bravo potro en las ancas.

«Ahora zí, galguiyo mio,
esplega al aire tuz alas.»
Dijo Jaime á su caballo;
y cuando mas en la casa
los gritos de los del baile
estrepitosos se alzaban,
con brio salió al escape
siendo compas de su marcha,

ya los brindis á la esposa,
ya las alegres tonadas,
ya el contínuo palmoteo,
ya las acordes guitarras.

—¿Qué e jezo, Pepa? ¿qué tienes?
¿por qué tiemblaz, qué te paza?
—Echa por otro camino...
porque aqueya luz mespanta...
—¿La que está en aqueya esquina?
Zi es la el Cristo...
—¡Jaime, aparta!...
que me azusta el ve zu imagen...
y no zé qué me ise el alma...
—Pepa mia, no hay cudiao;
que va Jaime en tu compaña,
y á Jaime, sielos y tierra
ni le azustan ni acobardan.

No bien hubo pronunciado,
profano, tales palabras,
cuando llegaron veloces
ante la imagen sagrada...
y horrible detonacion
sobre ellos entonce estalla,
y á escape siguió el caballo
y al suelo cayó su carga.

Detras de la esquina, un hombre

salió, y al darle en la cara
la ya agonizante luz
que al crucifijo alumbraba,
dificilmente se vió
de Julian la faz airada.
Y luego con firme paso
hácia los dos se adelanta,
y al ver que ya no existian
dijo, guardando en la capa
el instrumento de muerte,
quien mal anda, mal acaba.

Y aunque va para dos siglos,
sin quitar ni poner nada,
que dicen pasó este lance,
esta estupenda desgracia,
el tal Julian todavía
no se sabe dónde pára.
Y no preguntes, lector,
qué fue de Blas, porque amarga
el recuerdo solamente
de su persona menguada.
Por mi parte hacer dél puedes
lo que te diere la gana,
que ya de contar me canso,
y aqui mi cuento se acaba.

ÍNDICE.

7/6





